



La Escalera  
Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

PETER  
**SCHNEIDER**

# I

EN general, el tiempo está dominado en Berlín por vientos de poniente. Por tal motivo, un viajero que llegue en avión tendrá tiempo más que suficiente para observar la ciudad desde lo alto. Para poder aterrizar contra el viento, el avión que venga de Occidente deberá sobrevolar tres veces la ciudad y el muro que la divide: volando en dirección Este llegará primero al espacio aéreo de Berlín occidental, luego describirá una amplia curva hacia la izquierda, atravesando la parte oriental de la ciudad y, por tercera vez, viniendo ahora del Este, volará sobre el muro divisorio para dirigirse a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tegel. Vista desde el aire, la ciudad ofrece un aspecto perfectamente homogéneo. Nada hace sospechar a quien no la conozca que se está acercando a un punto de enfrentamiento entre dos continentes políticos.

Predomina la impresión de un orden lineal basado en el rectángulo, del cual se ha eliminado toda idea de curvatura. En el centro urbano llama la atención el carácter fortificado de las casas de alquiler que, en su mayoría, encuadran un patio interior donde se alza un castaño solitario. Cuando la copa de uno de estos castaños empieza a mecerse suavemente, el vecino podrá deducir que, fuera, una tormenta con vientos de fuerza seis a ocho está barriendo las calles. En el lenguaje de los berlineses, estas viviendas se denominan cuarteles de alquiler, expresión que describe certeramente la fuente de inspiración de sus arquitectos.

En efecto, las chimeneas traen a la memoria esos trozos de vidrio que, fijados con cemento sobre las paredes de los patios interiores, sirven de protección contra los gatos y niños de los vecinos.

Las casas nuevas de la periferia urbana no parecen construidas de abajo arriba. Dan una impresión de bloques de cemento arrojados por algún

helicóptero militar norteamericano o soviético. Quien no conozca el lugar tampoco distinguirá las dos partes de la ciudad cuando el avión vaya perdiendo altura. Si bien la campiña del Estado oriental aún era reconocible poco antes por la coloración homogénea de los sembrados y la carencia de fronteras artificiales entre los distintos terrenos, la imagen de la ciudad ofrece apenas puntos de referencia para suponer una adscripción política. En cualquier caso, la duplicación de ciertas obras públicas como la torre de televisión, el palacio de congresos, el zoológico, el ayuntamiento o el estadio, indica al viajero que se está acercando a una ciudad donde el mismo gusto ha producido dos veces lo mismo.

Entre todos estos rectángulos, el muro parece, en su fantástico zigzagueo, el engendro de una fantasía anárquica. Iluminado en las tardes por el sol poniente y, prodigamente, de noche, por los reflectores, parece más una obra maestra de arquitectura urbanística que una frontera.

Si hace buen tiempo, el viajero podrá observar la sombra del avión deslizarse silenciosa de una zona a otra de la ciudad. Podrá seguir el movimiento de aproximación del avión gracias al de su sombra hasta el momento en que se pose encima de ella. Solo cuando haya descendido, el viajero notará que la sombra reencontrada supone, en esta ciudad, una pérdida. Constatará *a posteriori* que solo la sombra del avión podía moverse libremente entre las dos zonas de la ciudad, y el avión le parecerá de pronto uno de aquellos medios de transporte soñados por Einstein, del cual baja un grupo de viajeros jovencísimos y desprevenidos, y visitan una ciudad en la que desde el día anterior han transcurrido mil años.

Vivo desde hace veinte años en la ciudad siamesa. Vine aquí como la mayoría de quienes anhelan salir de las ciudades provincianas germanooccidentales: porque quería instalarme en una ciudad más grande, porque aquí vive una amiga, porque aguantar el tipo en este puesto de avanzada equivale a una especie de servicio militar sustitutivo que ahorra los años de servicio en los cuarteles de la Alemania occidental. Como la mayoría, al principio me fui quedando solo de año en año, aunque también es cierto que, tras una breve estancia en Berlín, cualquier ciudad germanooccidental se me antojaba una falsificación.

De hecho, en Berlín me gusta lo que distingue a esta ciudad de Hamburgo, Frankfurt o Múnich: esos restos ruinosos entre los que han echado raíces abedules y arbustos de la altura de un hombre; los impactos de bala en las fachadas vejigosas, de un tono gris arenoso; los ya amarillentos decorados publicitarios que, en los muros cortafuegos, nos hablan de marcas de cigarrillos o tipos de aguardiente desde hace tiempo inexistentes. A veces, en la tarde, por la única ventana de uno de estos muros emerge el rostro de un hombre por sobre dos codos apoyados en un cojín: un rostro enmarcado por unos veinte mil ladrillos... retrato berlínés. Los semáforos son más pequeños, las habitaciones más altas y los ascensores más viejos que en Alemania occidental; constantemente aparecen en el asfalto grietas por las que prolifera el pasado. Berlín me gusta sobre todo en agosto, cuando las persianas metálicas están cerradas y en los escaparates cuelgan letreros que anuncian un retorno apenas creíble; cuando los 90 000 perros hacen vacaciones y tras los limpiaparabrisas de los pocos coches que no salieron se acumulan las octavillas publicitarias de algún *life-show*; cuando tras las puertas abiertas las sillas permanecen vacías y los cuatro clientes dispersos ya ni levantan la cabeza si un quinto entra en el bar.

Solo ocasionalmente, cuando los lugareños me invitan a dar un paseo dominical por el lago de Grunewald, mi desgana me indica que asocio a esas vueltas la idea de un paseo por el patio de una prisión. Y a veces, cuando algún visitante de Alemania occidental me lo recuerda, vuelve a mi mente una constatación olvidada: la de que los berlineses conducen como asesinos. Es como si en el centro de la ciudad se abriera paso esa pulsión motriz que los conductores germanooccidentales desfogaran en sus carreteras comarciales y autopistas. A la misma pulsión parecen deberle los dueños de bares el que sus negocios sean los únicos capaces de ofrecer una tendencia alcista permanente y, en apariencia, ilimitada. A ratos, cuando la veo, me irrita la pared de roca que se alza en el único cerro existente construido con las ruinas de la ciudad: un bloque de cemento de cuatro metros de alto, donado por la Asociación alemana de alpinismo, en el que pueden observarse todos los grados de dificultad de la escalada. Cuando vi a un grupo perfectamente equipado con cuerdas, botas de montaña, anoraks y

gafas de altura iniciar su audaz ascensión, cuando vi al que estaba arriba hacerse visera con una mano para describirle el paisaje al que tenía asegurado debajo, tuve la fugaz sensación de haberme acostumbrado a demasiadas cosas. Pero cuando más tarde, estando de vacaciones en la Selva Negra, un alemán del Sur me preguntó si vivía en Berlín oriental u occidental, el precio a pagar por tanto paisaje me pareció realmente excesivo. Constaté la misma ignorancia en Dresde y en Leipzig: cuanto más lejos de la frontera está cada mitad del pueblo demediado, más libremente se imagina que constituye un todo único. A la pregunta de si no resulta extraño vivir en una ciudad cercada con cemento y alambre de púas, respondo hace ya tiempo como la mayoría de los berlineses: que no hay diferencia entre vivir allí o en cualquier otra ciudad. En efecto, ya no veo el muro, aunque este podría ser, después de la muralla china, el único monumento terrestre distingible a simple vista desde la Luna.

Noche de invierno en el aeropuerto de Schönefeld; está nevando. Máquinas que se deslizan por el campo de aviación esparciendo círculos de luz amarilla sobre la superficie blanca y amontonando nieve. Una máquina excava y desescombra, otra carga y transporta, una tercera sopla y expulsa chorros de nieve a gran altura al ir abriendo camino. El campo da la impresión de ser un lago helado, inmerso en un paisaje futuro. Solo han sobrevivido en él unas cuantas máquinas que preparan la llegada de seres extraterrestres.

Un viento glacial golpea al recién llegado en el pasillo de acceso y se instala en el autobús bajo las faldas y las perneras. El conductor deja abiertas las puertas un tiempo infinito en espera de algún pasajero que se hubiera perdido entre las indicaciones de los altavoces. Los que esperan vienen de otro continente y de otra estación. Las compras libres de impuestos tiran penosamente de sus ateridos dedos, los sombreros de paja y los pañuelos solo ofrecen protección contra el sol. En el autobús se injuria en español y ruso y se calla en alemán; ninguna maldición contra el conductor saldrá de labios alemanes. Solo al cerrarse las puertas se escucha un suspiro de alivio con acento sajón o berlínés. Pero la unidad del autobús, acreditada por un idioma común, dura solo el breve trayecto que media

entre el avión y el vestíbulo de llegada. Antes de que los alemanes se vayan colocando frente a las dos puertas que señalan la entrada a dos Estados diferentes, han de atravesar un espacio intermedio. Los que segundos antes iban y venían allí confusamente son separados de pronto por una fuerza magnética reconocible solo en las letras que presiden ambas puertas, y se agrupan luego como virutas de hierro en torno a dos polos opuestos. El cuero se separa del sky, los *Levis* de los tejanos de imitación, la fibra natural de la sintética, lo variopinto de lo gris. Pero no solo en la indumentaria, sino también en las caras y las formas de moverse se advierten los rasgos distintivos de ambos pueblos. Los que se agrupan en torno a las letras RFA se mueven con cautela y parecen preparados ante la eventualidad de que los sorprendan cometiendo alguna falta. En sus diálogos, más bien susurrados, el alto alemán<sup>[1]</sup> ha derrotado a los dialectos, las miradas parecen dirigidas hacia dentro y las arrugas en torno a los ojos revelan el cansancio propio de personas cuyos deseos se han cumplido prematuramente. El grupo deseoso de entrar por la otra puerta ofrece una impresión más juvenil y de mayor rudeza en sus gestos, de despreocupación por los oyentes extraños. Los dialectos sajón, mecklenburgués y berlínés se entrechocan, el lenguaje reclama el gesto y arrastra a su paso manos y hombros.

Al detenerse por fin ante las dos puertas, ambos grupos quedan definitivamente separados: las caras occidentales miran fijamente a las caras orientales, como hombres que observaran antropoides.

No bien se forman las filas, las miradas se dirigen todas adelante y los dedos se aferran al pasaporte, última señal de identidad. Un silencio de ascensor se cierne sobre los que esperan, y aunque no falta aire, cada cual se limita a respirar lenta y parsimoniosamente. Es como si todos hubieran llegado ante un portero que, aparte de la nacionalidad, no reconociese ningún mérito. Nada se oye, salvo el zumbido de la puerta al abrirse automáticamente y, poco después, el chasquido que produce al cerrarse de golpe.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí, me encuentro entre una marejada de pasajeros ya revisados, cuyos caminos iban a separarse ahora definitivamente: unos se dirigen a la derecha hacia el autobús de tránsito, otros, hacia la izquierda, al *parking* y la parada de taxis. El *hall* está

iluminado solo a medias, las pantallas de control ya no dan información, el correo está cerrado y el teléfono automático marca *Siemens* no acepta mis monedas. Todos aquellos a quienes dirijo la palabra parecen sentirse observados y nada quieren saber de mi dinero. Me paso un buen rato recorriendo los pasillos del aeropuerto con la esperanza de encontrar una oficina de cambio abierta, pero pronto ya no percibo sino el eco de mis propios pasos. A la luz de un encendedor se dibuja el perfil de un hombre, con la cara pegada al cristal de un escaparate.

—¿Tú saber dónde *Schönhauser Allee*?

El acento del hombre no pertenece a ninguna lengua que yo pueda identificar, excepto con algún punto cardinal.

—¿Tú no berlínés?

—Yo Berlín occidental, otro lado.

La costumbre del nativo de contestar al extranjero utilizando infinitivos no facilita la comprensión entre nosotros. El polaco-búlgaro-ruso quisiera compartir conmigo un taxi para ir a la *Schönhauser Allee*.

—Yo casa Berlín occidental, no taxi.

Cojo la mano que sostiene el encendedor y la guío sobre el plano de la ciudad, pegado tras el cristal del escaparate, en dirección Oeste.

—Yo aquí, tú allí.

Con gran asombro de mi parte, mi dedo señala el vacío total. Allí donde pretendo vivir no hay una sola calle indicada, ninguna plaza, ninguna estación de metro. Allí solo se extienden superficies amarillentas y sin construir, animadas por un par de oasis verdes.

—¿Tú vivir allí?, —pregunta el polaco-ruso-búlgaro y rompe a reír—.

¡Ni calles, ni casas; todo amarillo! ¡Desierto!

—Esto Berlín occidental. Berlín: capitalista, *Marlboro*, *Coca Cola*, *Mercedes*... ¿entendido?

—¡Ah! ¿Tú capitalista?

—No capitalista, yo solo vivo allí.

—¿Por qué no capitalista?

Me ofrece cigarrillos de una marca nunca vista y coge uno de los míos. En el reloj público veo que el minutero salta por sobre la hora de partida indicada.

—Yo aquí, tú allí —exclamo y echo a correr hacia la salida. Pero el polaco-ruso-búlgaro me sigue, pisándome los talones. Ambos vemos los faros pilotos del autobús de tránsito desaparecer en la oscuridad.

—Bus partir, taxi partir. Autostop.

Yo asiento con la cabeza y señalo en las dos direcciones respectivas. Pero el hombre del Este no quiere irse sin mí a las zonas edificadas ni dejarme solo en el desierto.

Tras dar unos cuantos pasos en la calle, se detiene.

—¿A dónde ir tú?

—A Berlín.

—¡Yo también! ¡Nosotros taxi juntos!

Y así nos sepáramos, deteniéndonos continuamente para apoyar en el suelo nuestras maletas, moviendo la cabeza y señalando uno en la dirección del otro.

En el plano de Berlín occidental apenas se distingue el muro. Es solo una línea suave y de color rosa que divide la ciudad. En el plano de Berlín oriental el mundo se acaba en el muro. Más allá de esa línea divisoria ribeteada de negro y del grosor de un dedo, que en los signos convencionales se denomina frontera estatal, comienza la geografía. Tal vez fuera así el aspecto de la llanura de la Marca<sup>[2]</sup> en la época de las grandes migraciones. La única alusión a la existencia de un muro aparece en la rúbrica «monumentos históricos»: allí se mencionan los restos de la muralla histórica de Berlín, en las proximidades de la antigua *Klosterkirche*.

Cuando me trasladé a Berlín acababan de terminar la nueva muralla. Disipado el terror inicial, la mole aquella se fue diluyendo cada vez más en un plano metafórico para la conciencia de los alemanes occidentales. Lo que al otro lado significaba el final de la libertad de movimiento, se convirtió, a este lado, en el símbolo de un sistema social aborrecido. La mirada puesta en el otro lado se redujo a una ojeada a las instalaciones fronterizas hasta convertirse finalmente en una experiencia personal de terapia de grupo: el muro llegó a ser, para los alemanes occidentales, un espejito que, día tras día, les iba diciendo quién era el más bello en todo el

país. Si había algún tipo de vida más allá de la franja de la muerte, era algo que pronto ya solo interesó a las palomas y a los gatos.

Mis primeras expediciones al otro lado de la ciudad no despertaron mayor curiosidad. Iba al *Berliner Ensemble*, llevaba saludos a parientes de segundo o tercer grado, o bien entablaba una charla en algún bar de Prenzlauer Berg. De estas primeras visitas apenas ha quedado en mi memoria algo más que un olor que, tiempo después, desde un balcón de Berlín occidental, soplando viento del Este, reconocía en seguida: un olor a gasolina mezclada, desinfectantes, rieles calientes, legumbres variadas y sala de estación.

Más tarde, un amigo me llevó a casa del cantautor Wolf Biermann. En el curso de estas visitas advertí por vez primera la existencia de una elección que, tanto para mí como para la mayoría de mis coetáneos, parecía algo ya decidido por el nacimiento y domicilio de los padres: aquel que entonaba sus canciones nostálgicas y acusadoras en su apartamento de la *Chausseestraße* había venido espontáneamente a la «mejor Alemania» e insistía en vivir allí incluso cuando ya solo a sus guardianes y a los visitantes de Alemania occidental les estaba permitido escucharlo. Sus argumentos para quedarse remontaban todos a una época muy anterior; él mismo parecía desmentir constantemente sus esperanzas de cara al futuro. El presente le ofrecía sobre todo motivos para hacer declaraciones terribles, y nunca conseguí descubrir lo que todavía le gustaba en la Alemania de su elección. En cualquier caso, fracasé en mi intento de convertir en diálogo sus monólogos hablados y cantados. Mis preguntas y objeciones las formulaba para mí solo en la escalera, pues hubiera sido incapaz de plantearlas en su cocina; las memorizaba en espera de mi próxima visita, que transcurría en un plano igualmente monológico hasta que todas aquellas frases no enunciadas se acumulaban en la escalera y me cerraban, al final, cualquier vía de acceso a él. Cuando, después de su primera actuación en Alemania occidental, un conocido mío se admiró de la capacidad de Biermann para moverse en una sala de conciertos con cinco mil espectadores como si estuviera en una sala de estar, se me ocurrió que igual pedía moverse en su sala de estar como ante un público de cinco mil personas.

Solo en el curso de visitas posteriores a Berlín oriental surgió en mí un asombro escindido, en el que dos sentimientos se reforzaban mutuamente. Aquella semiciudad detrás del muro me pareció desde el primer momento totalmente conocida. No solo los cubos de basura, las cajas de las escaleras, los pomos de las puertas, los radiadores de calefacción, las pantallas de las lámparas y los papeles pintados, sino también la vida mitigada y recelosa del otro lado me resultaba familiar hasta el aburrimiento. Aquello era la ciudad-sombra, la placenta, la edición de emergencia de Berlín occidental. A la tendencia a reconocer ciertas cosas se oponía la impresión de haber aterrizado demasiado bruscamente en otro planeta. La vida en él no solo era distinta en cuanto a la organización externa, sino que, hasta en los menores reflejos, obedecía a otra ley, definida con excesiva rapidez por la alusión a sistemas sociales diferentes y a sus ritmos evolutivos. En Nueva York me orientaría mejor que en esa semiciudad, separada de mi domicilio por cinco kilómetros en línea recta.

Esta ley distinta dentro de una vida similar no era, desde hacía tiempo, un fenómeno extrínseco para los habitantes de la semiciudad. Seguía en vigor también para aquellos que habían obtenido respuesta, años atrás, a su «solicitud de renuncia a la ciudadanía de la RDA». En las discusiones políticas, este componente distinto solo aparecía superficialmente. Se expresaba más bien en medias frases, en un gesto que dejaba algo por decir, en una carcajada no precisamente oportuna, en la manera de mirar. No solo algunos modismos, sino también ciertas arrugas del rostro podrían relacionarse en Alemania con los puntos cardinales.

Tales impresiones, rápidamente olvidadas cada vez, se fueron sumando al pasar los años hasta convertirse en una forma de extravío. Tal vez fuera ya suficientemente asombroso que, en un lapso de treinta años, se hubiesen establecido dos sistemas sociales opuestos en un pueblo supuestamente llamado, en su momento, a regenerar al mundo. Más asombroso era constatar en qué medida esta antinomia externa se había infiltrado en el comportamiento y los reflejos de cada individuo.

Mientras este extravío se limitó a los alemanes de allende el muro, apenas pasó de ser una impresión de visitante. Pero la sospecha de que los individuos, en Alemania, son intercambiables de modo inquietante, no logra

disiparse en la frontera. Tomar conciencia de la maleabilidad del individuo en este país no supone reconocer la existencia del muro y, tarde o temprano, lleva a buscar la primera persona: ¿Qué hubiera sido de mí? ¿Cómo pensaría? ¿Qué aspecto tendría yo?... si...

La casa de alquiler en cuya planta baja vivo fue construida a principios de siglo. Por entonces, la parte anterior del inmueble, que daba a la calle, así como sus alas laterales, servían de vivienda a la gente que se denominaba influyente. La parte de atrás, llamada casa del fondo o del jardín, estaba destinada al personal de servicio, al que un timbre fabricado por la empresa «*Hammacher & Pätzold K.G.*» indicaba si había que servir en el comedor, la sala de estar o el dormitorio. Tras la segunda gran guerra, la democracia se instaló en las casas de alquiler bajo la forma de una pared divisoria: las puertas que comunicaban las viviendas delanteras con las traseras fueron tapiadas. A partir de entonces, en vez del linaje y la posición social, los ingresos pasaron a decidir quién podía utilizar la entrada delantera y quién la de atrás.

El revoque de la casa tiene ese tono gris arenoso que marca el color fundamental de Berlín y no ha sido renovado hace decenios. Nadie puede decir si los impactos de bala en la parte posterior del inmueble proceden de la segunda guerra mundial o de las batallas callejeras de los años veinte. Las ventanas de mi apartamento, en el ala trasera, dan a un jardincillo rectangular, separado del jardín de la casa vecina por una pared de dos metros. En una convexidad parecida a una chimenea se alza, entre muros cortafuegos sin ventanas, un arce que solo echa hojas a la altura del cuarto piso, donde le da el sol unas cuantas horas al día. Bordeando la pared trasera, y separados por piedras, se ven arriates en los que a veces, curiosamente, crecen flores y arbustos extraños, cuyos nombres nadie conoce. Por regla general, sin embargo, la cal que brota incesantemente solo deja crecer mala hierba y zumaques arbustivos cuyas tenues hojas nunca amarillean y no caen hasta poco antes de las primeras nieves. Estos arbustos echan raíces por todas partes y parecen indestructibles; por su organización rudimentaria, y posiblemente también por su edad geológica, equivalen, dentro del reino vegetal, a las cucarachas.

Las paredes del primer y segundo patio interior se hallan tan próximas entre sí que los inquilinos de los pisos bajos tienen que sacar la cabeza por la ventana para enterarse del aspecto del cielo. Por otro lado, estas viviendas interiores ofrecen, incluso en pleno centro de la ciudad, una tranquilidad que no se encuentra en otras latitudes, ni siquiera en el campo. Esto quizá se deba a esa costumbre de los alemanes de juzgar siempre sus propios ruidos con las orejas de los vecinos... precaución que se inculca ya a los niños de tres años.

Los dos apartamentos de los bajos en el inmueble delantero están alquilados, junto con las alas laterales, a los propietarios de sendos restaurantes. Mientras uno de ellos destina su cocina y sus precios a un público que circula en bicicletas y velomotores, el otro atiende a clientes que esperan sensaciones más culinarias que políticas de Bolivia. Yo distingo ambos tipos de clientela solo por las huellas que dejan en mi *Citroën*. Los amantes de la cocina latinoamericana abollan los guardabarros al aparcar, los amigos de las patatas fritas con escalope rompen las ventanillas laterales y me roban el equipo estéreo.

Los propietarios de los restaurantes no han renovado sus cassettes desde hace un par de lustros; cada vez que cruzo el patio, oigo la misma música: a la izquierda los huecos sonidos de la flauta de caña, a la derecha las guitarras eléctricas de los *Rolling Stones*. Como para llegar a la calle tengo que pasar por entre la basura de ambos restaurantes, jamás he entrado en ellos. La diferencia entre la cocina alemana y la latinoamericana se invalida al mirar los cubos de basura. Ambos cocineros los van llenando con las mismas latas de tomate, los mismos pimentones mohosos, patatas germinadas, chuletas pobladas de larvas y gusanos, salsas rojas y amarillas que chorrean sobre el patio desde bolsas de plástico azules, siempre deshechas.

Un día que descubrí un cubo de basura lleno hasta el tope de botes vacíos de «*Kit-Kat*», alimenté la esperanza de poner fin a los negocios turbios de uno de ambos propietarios. En toda la casa no hay un solo gato con dirección fija, por lo que solo cabía concluir que o las albóndigas alemanas o los buñuelos de carne bolivianos eran enriquecidos con alimento para gatos. Pero el intento de establecer alguna vinculación entre

el cubo de basura y uno de los dos cocineros acabó en fracaso: ambos utilizan los mismos ingredientes, y los frascos de pepinillos o los botellines de *ketchup* perdidos entre los botes de «*Kit-Kat*» tampoco eran utilizables como prueba.

Los inquilinos se encuentran raras veces; yo los conozco sobre todo por sus ruidos. Algunos son tan regulares que podría poner mi reloj a la hora al escucharlos. En el apartamento situado encima del mío resuenan cada mañana, como si explotara una estufa de gas, los alaridos de un cantante de moda alemán, luego se oyen pasitos y el volumen del aparato baja. Tardé un buen tiempo en poder asignarle un rostro a este ruido; no quería conocer a alguien que se hacía despertar por semejante estallido y empezaba su día saltando de la cama al radio-despertador. Un buen día descubrí un cochecito de niño en el portón de entrada y pensé que tal vez el radio-despertador sería en adelante superfluo.

De que iban a dar las diez me enteraba hasta hace poco por los sonidos de un violín que venían de una ventana de los pisos superiores. Al principio creí que alguien compartía mi predilección por ciertos discos: la «Partita en Mi Mayor» de Bach, la «*Folia*» de Corelli, los «Estudios» de Szernik, el movimiento lento del Concierto para violín de Mendelssohn. Más tarde veía a un hombrecito muy delgado y demasiado viejo para ser miembro de una orquesta, deslizarse por entre los cubos de basura con una caja de violín negra en la mano. Quizás lo viera cuatro veces, y después nunca más. Un día empecé a echar de menos sus ejercicios; cuando pregunté por el hombre de la caja del violín, un coche de la funeraria se lo había llevado hacía tiempo. Desde entonces, entre el estallido del cantor matinal, el zureo de las palomas y el ruido del hacha sobre las costillas, que comienza a las siete en punto de la tarde en toda cocina alemana, echo de menos un ruido.

El único ser humano que realmente llama la atención en esta casa es un hombre de unos setenta años que vive justo tras los cubos de basura de la cocina latinoamericana. Todas las ventanas de su apartamento dan al oscuro patio interior; a juzgar por su número, el piso consta solo de cocina, habitación y lavabo.

Entre todas las sombras viejas y jóvenes que transitan junto a los cubos, este hombre es, con mucho, la aparición más simpática. Siempre lo veo

muy atildado: lleva un chal de seda sobre la camisa limpia, tiene la cara bronceada en cualquier estación, y cuando lo saludo, se detiene y me sonríe como si a mi saludo debiera seguir algo más. Muy tieso y sin fruncir la nariz avanza por entre los cubos de basura y sube los dos peldaños de su puerta de entrada, ensuciados por las palomas, con una gran dignidad, como si en la puerta lo esperaran dos lacayos para quitarle el abrigo y prepararle en seguida un baño. Cuando un día lo vi, con su llave ya en la cerradura, volver hacia mí la cabeza y hacerme una seña como a un cómplice de su amistad, pensé que hubiera debido seguirlo. Detrás de su puerta debía de haber algún misterio oculto, una invitación a la alegría, a vivir una vida sin miedo.

Desde mi casa hay solo dos pasos hasta la de Robert. A veces nos encontramos en un café para desayunar; otras, por la tarde, en su apartamento, para tomar un café aguado; y con bastante seguridad por la noche, en el «*Charlie*». La máquina del millón del «*Charlie*» aún no emite ruiditos electrónicos, y cuando la bola se acerca a los disparadores, echamos todo el peso del cuerpo sobre la caja del aparato. Este reacciona tan lentamente que nunca nos ha abandonado la sospecha de que funciona según el principio de la polea.

Conocí a Robert en Berlín oriental, y en seguida supe que me interesaba tenerlo como amigo. Me gustaron su mirada rápida, extrañamente obstinada, y su manera de alzar los hombros hasta las orejas cuando explica algo. Robert no habla con cualquiera, pero cuando habla con alguien, lo hace como si en la habitación solo existieran su interlocutor y él mismo. Aunque no es pequeño, siempre se las arregla para mirarlo a uno de abajo arriba, y a veces se advierte un brillo radiante en sus ojos. Los corpúsculos de su iris se dispersan entonces como fuegos artificiales antes de concentrarse nuevamente en torno a la pupila, cual lluvia de chispas después de una explosión.

En la RDA no hay tragaperras. Ya unos meses después de llegar al Oeste me enseñó Robert, en el «*Charlie*», el punto en la máquina del millón donde hay que pillar las bolas para poder enviarlas por la pista de rodadura más ventajosa. Me hizo una demostración de cómo hay que interceptarlas y dejarlas rodar lentamente a lo largo del disparador, hasta el punto a partir

del cual sea posible dar en los blancos. Había descubierto el límite hasta el que uno podía forzar el aparato sin verse castigado por un «*TILT*». Nos jugamos sea la próxima ronda de tragos, sea la partida siguiente; la diferencia es que yo juego con las manos y Robert con el cuerpo, y generalmente pierdo yo. Hay otros juegos de bolas que yo domino mejor, pero no le hacen gracia a Robert.

En el «Charlie» cuento a Robert que he empezado a colecciónar historias sobre la ciudad dividida.

—¿Te interesa realmente?, —me pregunta—. ¿Quién se preocupa por la división fuera de unos cuantos políticos, que encima lo hacen con la idea de ser elegidos por quienes esperan que siquiera los políticos se interesen algún día por el problema alemán?

Robert y yo conversamos normalmente en primera persona del singular. Pero hay situaciones en las que uno de los dos acaba recalando en el «vosotros». Aunque Robert no diga «vuestra» cuestión alemana, yo escucho el plural. En la RDA no se conoce la expresión «cuestión alemana» ni en la lengua oficial ni en la coloquial. Es evidente que, al citarla, Robert está asociando mi proyecto con la postura de aquellos políticos occidentales en los que ya no creía estando en el Este. De hecho, su pregunta formula mi propia duda. Yo no estoy nada seguro de mi proyecto. Pues no fue la sensación de estar viviendo una situación insopportable la que me llevó a pensarla, sino la desconfianza que me inspiraba la ausencia de tal sensación. Pero lo curioso en la duda de Robert es que justamente él, que la ha manifestado, se halla a todas luces más afectado que yo por las consecuencias de esta división.

Después de trasladarse al Berlín occidental, Robert fue bombardeado por tantas preguntas sobre el tema que decidió negarse a responder. El interés —fácil era advertirlo— no se centraba en el poeta que no podía seguir publicando en la RDA, sino en el caso político, y Robert no tenía el menor deseo de contribuir a ese módico incremento de identidad que la opinión pública germanooccidental intenta arrancar de cada tránsfuga. Como la indagación sobre sus impresiones en el Oeste iba generalmente unida a la esperanza de que declarase en favor del modo de vida occidental,

él prefería refugiarse en algún punto de esa tierra de nadie que separa ambas fronteras.

—Entre Erna y Rita —me decía— no logro decidirme; prefiero hacerme una paja.

Por otro lado, apenas hay algo que lo irrite tanto como la ignorancia de los alemanes del Oeste sobre sus hermanos y hermanas del Este. Cuando el canciller de Alemania occidental tomó la emisión de una serie televisiva norteamericana sobre el holocausto como pretexto para aconsejar al presidente del Consejo de Estado de la RDA que la difundiera —a fin de que también la televisión de la RDA contribuyese a la superación del pasado—, Robert dio un manotazo tan violento contra la mesa que se le formó un hematoma:

—¡Y esto se lo aconseja un exoficial de la *Wehrmacht* a un resistente antifascista que ha pagado sus convicciones con diez años de cárcel!

Estos hechos sacados de las biografías de ambos políticos me eran conocidos, pero no se me hubiera ocurrido relacionarlos con una noticia de actualidad. Yo solo entendía la ira de Robert, él la sentía. Era evidente que los hechos históricos se hallaban representados de modo diferente en nuestra conciencia.

No obstante, Robert rechaza cualquier alusión a estas diferencias entre nosotros. Con nada consigo sacarlo tanto de quicio como con el comentario de que hay en él algo típicamente germanooriental. En esto repercute la certeza de que constatar tales diferencias solo oculta, a menudo, una forma atenuada de menosprecio. A mi disponibilidad a ver en todo cuanto me resulte ajeno en Robert las huellas de una socialización diferente, él responde enfatizando nuestras similitudes. Trasladarse de Berlín oriental a Berlín occidental, me diría luego, le había costado en principio menos desgaste nervioso que a mí pasar del provinciano Sur a la metrópoli prusiana. Que al fin había conocido las calles, la entonación del vendedor de periódicos, el humo de las cervecerías y la mirada del portero, añadió.

Y en efecto: al cabo de tres meses se orientaba en Berlín occidental mejor que yo después de tres años. No bien se instalaba en un apartamento, descubría el café donde podía consumir al fiado. Poco después me llevó adonde un librero que le hacía rebajas; unos meses más tarde me presentó a

su asesor tributario. Un día telefoneó desde los Estados Unidos y acabó con mi acto reflejo de mirar el reloj durante la conversación telefónica: a los dos días ya conocía el truco para llamar gratis desde los Estados Unidos a todo el mundo.

Todo esto solo prueba que estamos parcializados: yo con mi tendencia a definir a Robert partiendo de su origen germanooriental, él con su irritado rechazo de cualquier alusión a ese origen.

Conversando con Robert se me ha aclarado un poco más lo que busco: la historia de un hombre que pierde su Yo y empieza a convertirse en nadie. Por una concatenación de circunstancias que aún desconozco, se va transformando en un personaje fronterizo entre ambos Estados alemanes. Sin ninguna intención al comienzo, empieza a hacer comparaciones e imperceptiblemente acaba siendo presa de una enfermedad contra la cual los habitantes con domicilio fijo se hallan protegidos por el muro. En carne propia y como a ritmo acelerado vive el proceso divisorio hasta que se cree obligado a tomar, *a posteriori*, una decisión que hasta entonces le había estado vedada por su nacimiento y el sistema social en que vivía. Pero cuanto más a menudo va de una mitad a otra de la ciudad, más absurda le parece su elección. Receloso ante la identidad presurosamente adoptada que le ofrecen ambos Estados, ya solo encuentra su lugar en la frontera. Y si el filósofo tiene razón al afirmar que un chiste es siempre un epitafio a la muerte de algún sentimiento, la historia solo puede, en realidad, convertirse en comedia.

\*

UN posible nombre para este personaje sería Gerhard Schalter, nombre ligado al propietario de mi primer apartamento berlínés, cuyo rastro perdí de vista hace muchos años. Antes de aquella tarde en que por vez primera fui a su apartamento, en él solo me habían llamado la atención su dialecto suabo, que resonaba en la escalera, y una sonrisa con la que parecía dispuesto a asumir cualquier acontecimiento. Una alegría anticipada iluminaba constantemente su rostro, y cuando le preguntaba qué tal le iba, me miraba como queriendo probar si yo era capaz de aguantar una respuesta seria.

—¿Sabe una cosa?, —me dijo un día—. ¡Me va estupendamente bien! Esta mañana, por ejemplo, me levanté a las seis y casi no podía esperar el día. Tengo exactamente el trabajo que me gusta, me entiendo fabulosamente con mis superiores, mis amigos son gente extraordinaria y, por si esto fuera poco, también he encontrado a la mujer que siempre andaba buscando. Cada día me depara una sorpresa nueva, agradable, y cuando voy a dormir, no veo la hora de que el despertador vuelva a sonar. Lástima que dormir sea inevitable, ¿no le parece?

La salida posterior del apartamento de Schalter quedaba justo al lado de mi puerta de entrada. Una tarde llamó y me preguntó si ya había cenado. Yo acepté la invitación y seguí a Schalter a través de un pasillo infinito, pintado de blanco, hasta la sala de su apartamento berlínés. Lo que llamaba la atención en seguida era que un hombre tan pequeño viviera en un piso tan gigantesco. Schalter no había alquilado solo la parte frontal, sino también toda el ala lateral de la casa. Todas las paredes y puertas estaban recién pintadas, los cables eléctricos acababan de ser instalados y aún no los habían conectado en todas partes, había ganchos elevados para sostener futuros cuadros y un olor a barniz fresco impregnaba la habitación. En la sala berlinesa se veía una mesa de arquitecto cubierta por un mantel blanco,

y el servicio para dos y las velas encendidas presagiaban un banquete con varios platos.

Me senté en la silla que me ofreció, y mientras Schalter volvía apresuradamente por el pasillo hacia la cocina, yo me sentí como un viajero que, en la sala de espera de una estación, aguarda a los invitados a una boda. Las bacterias de la esperanza revoloteaban a millares por la habitación, ya solo faltaba el altavoz que anunciara la llegada. Schalter regresó trayendo caracoles de viña, hizo saltar el corcho del champán, y cuando acercó su copa a la mía, propuse un brindis por ese invitado al que evidentemente estaba yo sustituyendo. Schalter no perdió la calma un instante. Al contrario, en torno a sus labios se formó en el acto una sonrisa victoriosa, y si alguna duda podía leerse en sus ojos, era únicamente de saber si yo estaba a la altura de su respuesta.

—¿Conoce aquello de que mira usted una cara y le cambia la vida?, — preguntó.

En el curso de nuestro diálogo, que fue más bien un monólogo, quedó claro que Schalter acababa de regresar del aeropuerto de *Schönefeld*. El avión que Schalter esperaba llegó, pero la cara esperada no estaba entre los pasajeros. Era una historia complicada. Schalter esperaba a una mujer casada con un corresponsal de la televisión alemana en África. El acuerdo era que ella dejaría a su esposo en África y se instalaría con su hijo en la casa de Schalter en *Schöneberg*. Pero la partida se fue aplazando una y otra vez. El marido estaba relacionado con las altas esferas; le bastaba con una llamada telefónica para convertir en aliados tuyos a policías fronterizos y compañías aéreas; en cualquier caso, era capaz de impedir la fuga de su esposa. Schalter estaba convencido de que el marido la tenía presa como a un animal, mediante el chantaje y la fuerza. Probablemente tendría que ir él mismo a liberar a su amada.

Después de aquella cena seguí viendo a Schalter a intervalos cada vez mayores. Aunque aún conservaba ese brillo interior en los ojos, ya no volví a preguntarle tan a la ligera cómo le iba. Algo en su aspecto exterior había cambiado. No solo porque se dejó barba o ya no se afeitaba regularmente, sino también porque parecía no importarle que una suela se desprendiera del zapato o que la costura de una camisa se le rompiera. Los poros de la

cara se le habían ensanchado, así como los cuadraditos de sus camisas. En general, sus camisas y sobre todo sus zapatos me daban la impresión de haber pertenecido a algún pariente muerto en los años cincuenta. El mismo parecía llegar siempre no del hotel donde trabajaba como fontanero, sino más bien del aeropuerto de *Schönefeld*.

Sus viajes a Berlín Este, guiados siempre en un principio por el mismo objetivo, se habían desligado a todas luces de su motivación inicial. Sus visitas a los amigos que poco a poco se iba haciendo al otro lado menudearon más y más, ya simplemente porque gracias a la cotización del marco en el mercado negro resultaba más barato telefonear al África desde una línea del sector Este. En el curso de estas visitas pudo constatar que también la cerveza y la comida eran más asequibles al otro lado. Las visitas se transformaron en pernoctaciones, y a veces, cuando dejaba de verlo por algún tiempo, me preguntaba si no se habría quedado allí definitivamente. Los gastos de alimentación, menores en el Berlín oriental, compensaban a Schalter del mantenimiento de su costoso apartamento en la parte occidental y lo invitaban a pensar, de forma casi automática, en las ventajas del sistema social imperante en la otra parte de la ciudad. Con una frecuencia cada vez mayor se quejaba de la implacable lucha de competidores en el Berlín Oeste, de la pérdida de cualquier tipo de solidaridad y espíritu de entrega. Deliraba al ver intactos los lagos y las aldeas de la RDA, que le recordaban su infancia en el Sur de Alemania; hasta las mujeres del otro lado le parecían más de fiar. Con un conocimiento cada vez mayor de los detalles, hablaba del inquebrantable poder de los viejos funcionarios nazis en la Alemania occidental. Gradualmente tuve la impresión de que Schalter iba trasladando cada vez más su vida exterior, y al final también la interior, al otro lado de la ciudad. En apariencia, ya solo venía a Berlín Oeste para leer su correspondencia y comprarles unos cuantos regalos a sus amigos de Berlín Este.

A su apartamento de *Schöneberg* ya solo parecía unirlo una recalcitrante esperanza, que poco a poco había de resultarle tan hueca como el brillo de las luces en Kurfürstendamm.

Un día vino un camión de mudanzas y recogió sus cosas.

Desde que vivo en Berlín occidental, el monumento que al otro lado se considera frontera nacional y aquí pasa por ser una curiosidad digna de verse solo ha sido, para mí, un motivo para cambiar de rumbo. Por vez primera he decidido visitar el muro. De un autobús veo bajar a un grupo de turistas para en seguida tomar la escalerilla que conduce a un mirador; una vez arriba, algunos se llevan los binoculares a los ojos y empiezan a hacer señas. Lo que ven es un grupo de turistas que, al otro lado del muro, acaban de bajar de un autobús de la misma agencia de viajes y hacen señas. Ambos grupos enfocan entonces la atalaya que se interpone entre ellos. Lo que allí ven, después de haber graduado los lentes, son más binoculares cuyos lentes están siendo a su vez graduados. Otros turistas han alistado entretanto el disparador de sus cámaras. Con el lente de la cámara van siguiendo el dedo del guía, que señala la fachada de una casa en el Berlín oriental. Una mujer está limpiando ventanas; un chiquillo juega en un balcón; en otro balcón, un hombre mayor echa su siesta. *Clic* de cámaras. Cuando la mujer advierte que la están mirando, hace una pausa y se pone a mirar también al otro lado. Me gustaría saber lo que puede ver desde su ventana y me doy la vuelta. Veo a un hombre con una chaqueta gris verde y una bolsa de plástico en la mano. Quiere cruzar la calle y espera a que pase un Opel rojo. Al otro lado de la calle hay una mujer esperando, aunque no a ese hombre. Sostiene en la mano una trailla y observa a un perrito gris que, a pocos metros de ella, se apoya en sus patas traseras y puja. Antes de llegar a la acera opuesta, el hombre se detiene. Tengo la impresión de que está mirando hacia el mirador de donde yo lo observo. Vuelvo a girarme y sigo el dedo del guía, que ahora señala una elevación casi irreconocible, de un tono marrón grisáceo. Esta elevación, que apenas merece el nombre de colina, se alza en medio de la zona prohibida y es igualmente inaccesible a los habitantes de este lado del muro que a los del otro. El guía hace las explicaciones del caso en tres lenguas extranjeras, en las que reaparece siempre una palabra alemana: *Führerbunker* (El búnker del *Führer*). El murmullo de los turistas al repetir la palabra, el *clic* de los obturadores de sus cámaras, las atalayas: todo esto confiere a la colina los poderes de un lugar sagrado. Por un instante surge la

imagen de un pueblo guerrero que se hubiese dormido a izquierda y derecha del bastón de mando del caudillo y aún esperara una señal.

Por la noche, el presentador del noticiero televisivo habla de una resolución de la ONU condenando la entrada de tropas soviéticas en Afganistán como una injerencia en los asuntos internos de dicho país. En la pantalla se muestran columnas de tanques rusos que avanzan por la capital. El presentador precisa que, desde hace varias semanas, esas imágenes no pueden verse en los medios de comunicación del Este.

Al poco rato cambio el programa. Nuevamente un presentador que lee noticias sentado frente a un mapamundi. Lleva la misma corbata, la misma americana, tiene las mismas entradas en la frente y habla el mismo idioma que hablaba el presentador del otro programa. Cita un comentario de *Pravda* en el que se condena la resolución de la ONU como una injerencia en los asuntos internos de Afganistán. En la pantalla se ven armas americanas y chinas capturadas por soldados afganos. El presentador precisa que esas imágenes no pueden verse en los medios de comunicación de occidente.

Cuando apago el televisor veo, durante una fracción de segundo, la sombra del colega de la cadena occidental; luego, la pantalla se vuelve gris.

La frase burlona de Karl Marx: «Un fantasma recorre Alemania, el fantasma del comunismo», ha perdido todo su humor en el curso de la historia. El fantasma se ha instalado al Este del Elba y tiene, efectivamente, un aspecto aterrador. Los exorcistas políticos no se cansan de asegurarnos que, pese a haberse convertido en un Estado, aún no es otra cosa que un fantasma. Esto en nada modifica el hecho de que también ellos se han acostumbrado hace ya tiempo a verlo: solo se muestran asustados los días de fiesta.

Cuando vieron que no se podía expulsar al fantasma con entrecomillados, ni anteponiendo el adjetivo «denominado», ni recitando maquinalmente la doctrina Hallstein<sup>[3]</sup>, iniciaron negociaciones con él. La cuestión alemana ha ido, pues, engordando a lo largo de treinta años, y no puede afirmarse que los alemanes se atormenten particularmente pensando en él al Oeste del Elba. Hay encargados que se ocupan de este problema y cada vez les cuesta más mantener despierto a su público. Ciento es que la

Constitución ha encargado la búsqueda de una solución a la cuestión alemana, pero la agitación de los debates parlamentarios o la lucha por conceptos como «reunificación» y «nación», suenan a artificio. Se tiene la impresión de asistir a la representación 1011 de una pieza de repertorio en la que tanto actores como espectadores disimulan sus bostezos. Pero que la obra sobre los padecimientos de la Alemania dividida siga, pese a todo, representándose en Bonn, parece deberse no tanto a un interés vivo como a un acuerdo tácito entre los actores y la platea: en realidad no representan la obra para sí mismos, sino para otros que, por desgracia, no pueden estar presentes. Además: ¿qué otra cosa podrían representar?

Haremos bien en no deducir de la frecuencia de las exhortaciones públicas a la voluntad de unidad y a la persistencia de la nación, la persistencia de los correspondientes sentimientos. Más realista parece suponer que, al Oeste del Elba, la mayoría de los alemanes se han resignado hace tiempo a la división territorial. En el dolor que les causa la separación se asemejan a un amante que lamenta no tanto a su amada, sino el intenso sentimiento que alguna vez tuvo. Se diría que en Alemania el tiempo no cura las heridas, sino que mata la capacidad de sufrir.

—Te toca —dice Robert tras desviar de su ruta, dándole un ingenioso golpe a la máquina del millón, la bola que estaba a punto de rodar hacia la salida, y mantenerla en juego hasta completar 25 000 puntos más. Su ventaja es ya irrecuperable, y le digo al dueño del bar algo que no es ninguna novedad para él:

—Esta ronda corre de mi cuenta.

Lo único nuevo es la bebida que Robert le pide: vodka. Desde que está en Berlín occidental ha probado ya varios tipos de bebidas y se ha declarado en favor de las únicas bebibles. Al período del whisky sigue la etapa del jerez, sustituida luego por la estación del coñac que, a su vez, desemboca en la era del champán, tras un breve e insípido intervalo de ginebra. La era del champán parecía definitiva. En cualquier caso, yo consideraba el vodka como algo totalmente obsoleto.

—¡Dios mío! ¡Ya sé en qué estás pensando! Pero esto nada tiene que ver con la nostalgia. El vodka es, simple y llanamente, la mejor bebida. Y la más sana.

También yo me pido un vodka y cuento a Robert la historia de Gerhard Schalter, mi primer casero. Robert escucha atentamente, reflexiona un momento, pide la siguiente ronda de vodka y cerveza y pregunta luego, sin perder una palabra sobre Schalter:

—¿Conoces la historia de Kabe y sus quince saltos?

\*

*HERR* Kabe, hombre de unos cuarenta y cinco años, sin trabajo, con subsidio de desempleo, llamó por primera vez la atención de la policía cuando, tomando impulso en el Oeste, saltó el muro en pleno centro de Berlín, en dirección Este. Al lado mismo del muro había descubierto un terraplén donde el hacinamiento de escombros formaba una escalera natural por la que él pudo subir hasta un punto en el que solo necesitaba elevarse con los brazos para trepar hasta lo alto. Otros informes hablan de una furgoneta VW cuyo techo pudo ser utilizado por Kabe como trampolín. Lo más probable es que esta idea solo se le ocurriera después, cuando las autoridades, por culpa de él, decidieron desescombrar la zona.

En lo alto, Kabe permaneció un momento bajo los reflectores de la patrulla occidental, que había acudido presurosa, ignoró las llamadas de los agentes, que en el último minuto intentaron hacerle ver dónde estaba el Oeste y dónde el Este, y saltó luego en dirección Este. La policía de fronteras del otro Estado alemán detuvo a Kabe por violación de frontera. Pero durante el interrogatorio, que duró varias horas, el detenido no dejó traslucir intenciones políticas ni una voluntad firme de quedarse allí. Cuando le preguntaron quién lo había enviado, Kabe respondió que venía por iniciativa propia y solo quería pasar al otro lado. Por lo demás, fatigó a sus interrogadores, deseosos de saber por qué no había utilizado un paso fronterizo, repitiéndoles varias veces que él vivía exactamente al frente, y que la única vía directa pasaba por encima del muro.

Los interrogadores no encontraron mejor explicación a esta curiosa inversión en la dirección del salto, que la de que Kabe no estaba muy bien de la cabeza. Y lo llevaron al hospital psiquiátrico «*Buch*». Pero aun allí, los médicos no pudieron descubrir en él otra cosa que una necesidad enfermiza de trasponer el muro. En el hospital, Kabe disfrutó de la posición

privilegiada de un rompebarreras que, con su salto, había rebautizado los puntos cardinales.

Al cabo de tres meses, Kabe, bien alimentado, fue devuelto a la Representación permanente de la República Federal de Alemania<sup>[4]</sup>, que lo trasladó a Berlín occidental en el Mercedes de servicio. Allí, sin inmutarse en absoluto, leyó los artículos periodísticos que un vecino le había guardado, y se encerró en su domicilio del barrio de *Kreuzberg*.

Los comentarios en los diarios occidentales oscilaban entre «provocador fronterizo» y «parado presa de la desesperación»; una revista occidental especuló con la idea de que los servicios secretos orientales le habían pagado a Kabe por su salto a fin de poder mostrar, siquiera una vez en el Este, a un fugitivo visto no solo de espaldas. Esta hipótesis fue alimentada por las declaraciones de un periodista que afirmaba haber encontrado a Kabe en París tras buscarlo infructuosamente en *Kreuzberg*: inmediatamente después de su regreso, Kabe se habría instalado en la capital francesa y, en un barrio elegante, habría pagado facturas difícilmente asequibles a un beneficiario del subsidio de desempleo.

Lo cierto en esta historia era que Kabe, tras haber sido gratuitamente atendido durante tres meses en el hospital psiquiátrico del Este, encontró en su cuenta corriente de Berlín occidental tres mensualidades juntas del subsidio de desempleo. Retiró esta cantidad para dar cumplimiento a un viejo deseo suyo, y compró un billete de tren en coche-cama hasta París. Es asimismo seguro que Kabe, tras haberse recuperado en París a costa de los dos Estados alemanes, regresó a Berlín occidental y volvió a dar el salto por segunda vez.

Repatriado al cabo de otros tres meses, resultó ser reincidente. Las tentativas de las autoridades de Berlín occidental por prestar asistencia jurídica a Kabe fracasaron, pues el acusado había atravesado ilegalmente una frontera estatal que, a juicio del gobierno germanooccidental, no existe en absoluto. Siguiendo el uso lingüístico de los especialistas en Derecho constitucional, Kabe se había limitado a hacer uso de su derecho a cambiar libremente de domicilio.

Las autoridades de Berlín occidental no se dieron ya por satisfechas con estas consideraciones cuando el hospital de Berlín oriental presentó las

cuentas correspondientes a las estancias de Kabe. Los berlineses occidentales idearon el recurso de internar por la fuerza a Kabe en el hospital de *Havelhöhe*, por atentar contra su propia vida. Pero esta idea tampoco sobrevivió a un examen más detallado. Pues Kabe, con sus saltos, había demostrado perfectamente que era posible trasponer el muro en dirección Este sin sufrir daño físico ni espiritual alguno. Al mismo tiempo, sus saltos permitieron tomar conciencia de que la franja fronteriza situada detrás del muro, en el sector urbano, no estaba minada. El médico de turno no encontró más objeción contra Kabe que un desenfrenado impulso a trasponer el muro. En lugar de una camisa de fuerza, le prescribió reconocer el muro como frontera. La objeción de que la República Federal de Alemania no podía, por amor a un Kabe, reconocer el muro de la vergüenza como frontera estatal, no impidió al médico declarar a Kabe responsable de sus actos.

Este fue dado de alta en el hospital y optó por la vía directa. En total saltó quince veces, convirtiéndose en una seria carga para las relaciones entre las dos Alemanias. Tras uno de sus últimos saltos, las autoridades tuvieron la idea de llevarse a Kabe lo más lejos posible de Berlín, a lugares más tranquilos donde pudiera seguir saltando murallas de viejos castillos. En el Mercedes de servicio fue llevado a casa de unos parientes en el Sur de Alemania. Allí se comportó muy razonablemente un par de días, y al tercero compró un billete de tren hasta Berlín y volvió a saltar.

Interrogado sobre los motivos de sus saltos, Kabe se limitaba a decir siempre lo mismo: «Cuando la tranquilidad reina en casa y afuera todo está muy gris y brumoso y no pasa nada, yo pienso: “Vamos, vé y salta otra vez el muro”».

La noche anterior al día en que me dispongo a recoger el visado para permanecer por algún tiempo en la RDA, sueño que estoy viajando en barco por un río cenagoso cuyas aguas se extienden hasta el horizonte. En popa descubro a una mujer de rasgos imprecisos, como borrosos. La veo solo de espaldas, pero la línea de su torso y la caída de sus cabellos me permiten reconocer a Lena, con quien he compartido el apartamento de *Schöneberg*, junto a Schalter. Su presencia en el barco me parece el cumplimiento de una

antigua cita, varias veces pospuesta. Yo quiero hablarle, expresarle mi alegría por el hecho de que hagamos juntos ese viaje de exploración, pero antes de que pueda tocarle la nuca, una ola me hace perder el equilibrio, caigo y resbaló por la borda. Aunque al elevarse bruscamente las olas me mantengan a la misma altura de la popa, mi mano ya no alcanza la defensa. Nado hacia la orilla, un humo asciende entre árboles extraños, una luz brilla tras las ventanas, puedo reconocer siluetas humanas, no estoy perdido. Pero tendré que orientarme en la selva virgen sin ninguna ayuda. Todos mis efectos personales —dinero, documento de identidad, ropa— se han quedado en el barco junto a Lena y se alejan con ella.

Espero la mañana y llamo a Lena por teléfono.

Ella quiere saber si tengo algún proyecto en concreto, que se lo diga en el acto.

—Quisiera verte.

—¿Para hablar de qué?, —pregunta.

—La verdadera razón es que he soñado contigo.

—Entonces permíteme decirte lo que tenía previsto hacer.

Y empieza a enumerar: punto uno, punto dos, punto tres; lo que tendría que hacer antes de un viaje inminente. Solo podría darse unos instantes si se tratara de algo determinado, inaplazable, muy concreto.

—Solo si necesitas mi ayuda —suena su respuesta en el lenguaje del recuerdo. Pero a la hora que marca el reloj normal no hay nada urgente ni, menos aún, una necesidad de ayuda; en todo caso un deseo difícil de controlar, que se ha deslizado fuera de un sueño y, antes de ser traducido al lenguaje actual, se expresaría así: «Quisiera visitar contigo, durante un día entero, el país que tú fuiste la primera en mostrarme. Y como tan pronto empezamos a hablar nos vamos enredando y perdiendo a una distancia cada vez mayor, antes quisiera dormir contigo».

## II

EN el andén de la *Stuttgarter Platz* no hay un alma, a excepción de un hombre que, sosteniéndose con una mano al barandal de un kiosko, bebe vodka. En ninguna pared hay carteles publicitarios, solo los Ferrocarriles nacionales prometen seguridad en un pequeño anuncio. Nada, salvo el cavernoso y succionante ruido que me permite identificar al metro entre todos los trenes del mundo, anuncia la llegada de un convoy. Nadie se apea. Tengo que separar con fuerza los dos tiradores de la puerta automática para abrirla, como si fuera un extensor de músculos.

Sentados en los bancos de madera se ven grupos de ancianos silenciosos, en su mayoría con bolsos de imitación piel o bolsas de plástico en el regazo. Una joven con uniforme de la *Reichsbahn* aparece ante la ventana y mueve los labios frente a un radio-teléfono; largos cabellos recién lavados se le escapan, ondulantes, de debajo la gorra. Solo un instante, cuando el tren abandona la estación, retroceden las paredes de las casas y dejan la vista libre sobre las vías cubiertas de maleza. Arbustos diversos proliferan entre las traviesas o se aferran al enganche de un vagón estacionado. Las casas vuelven a ponerse luego al alcance de la mano, con las ventanas ciegas de polvo y, detrás, las cortinas que simulan persianas, instaladas solo para impedir la visión hacia fuera. Cuanto más se acerca la frontera, más diría uno que se parecen los viajeros a sus parientes y conocidos del otro lado de la ciudad. Esas plumas y esos sombreros en forma de maceta, ese corte de abrigo y esos zapatos inflexibles me habían llamado ya la atención en aquel grupo de turistas del Este en el aeropuerto de *Schönefeld*, y más aún los colores: el gris azulino, el gris oliváceo, el gris vinoso, el gris paloma.

Nada más detenerse el convoy en la estación de metro *Friedrichstraße*, se forma frente al kiosko del *Intershop* una cola para comprar coñac y cigarrillos. Antes de llegar al hueco de la escalera, veo a uno de los que viajan conmigo tomar asiento en el vagón del tren de vuelta con una bolsa de plástico. El guardia fronterizo compara varias veces la foto de mi pasaporte con el original de carne y hueso y me mira a la cara con una insistencia incomprendible, aunque no a los ojos, sino a un punto situado junto a la base de la nariz. Luego me pide ver mi oreja, no la derecha, sino la izquierda. Y mientras sostengo mis cabellos por encima de la oreja, me imagino a Paul Getty júnior sacando su oreja cercenada del bolsillo de la americana y entregándosela al funcionario en un sobre.

Mientras salgo del edificio de la estación, entra en vigor otro calendario. Se celebra un día feriado cuya causa desconozco. En las ventanas de la calle principal ondean banderas rojas; banderitas de la RDA asoman por los maceteros de los balcones; una grúa gigantesca sostiene la bandera roja entre sus pinzas, muy por encima de los tejados. Hombres con el uniforme gris de las milicias obreras llenan la plaza de la estación; las letras luminosas que corren sobre las cabezas anuncian la visita oficial de un revolucionario africano que, de haber llegado a la otra capital alemana, hubiera sido más bien arrestado. Sentados en los hombros de los adultos, los niños agitan símbolos del Estado. Conozco estas imágenes por la televisión del Este: esos rostros porfiadamente herméticos de los padres que levantan sus brazos como para protegerse y hacen señas hacia la tribuna cuando sienten sobre ellos el lente de la cámara de televisión; las caritas risueñas de los niños, para quienes la bandera nacional aún es un juguete. El país extranjero en el que se habla el mismo idioma se cierra como una campana de humo y difumina los límites del instante.

Ya he estado una vez en esta plaza, frente a la estación de la *Friedrichstraße*, con la mirada fija en las letras luminosas móviles, como si me pudieran proporcionar alguna clave. Fue en otra estación del año y en otro decenio. Por esos días acompañé a Lena a visitar a su familia, a la que había dejado cuando estaban construyendo el muro y no había vuelto a ver desde entonces. ¿O acaso se trataba —solo o más bien— del país que ella había abandonado sin poder regresar más a él?

Por primera vez sentí algo de esa desazón, de esa falsificación de sentimientos que una frontera estatal así trazada instaura en una reunión de familia. Desde el saludo hasta la despedida: cada gesto me parecía extrañamente ampliado, cargado de esperanzas o reproches inexpresados, crispado por el respeto que inspira la posible unicidad del acontecimiento. Tal vez hubiéramos debido quedarnos hasta el día siguiente; el beso de despedida había sido fijado a medianoche por orden del gobierno; cualquier «¡Hasta pronto!» prematuro hubiera sonado a escarnio.

Entretanto, la familia se podía confundir con una patria. Cuando Lena recostó la cabeza en el regazo de su hermana, vi satisfecha una necesidad de reposo que me venía importunando desde que compartíamos el apartamento en Berlín occidental. La risa de Lena, que allí me parecía surgir siempre y exclusivamente de un recuerdo, adquiría aquí una resonancia actual; las hermanas hablaban entre sí un lenguaje abreviado hecho de *slogans*, giros idiomáticos y primeras estrofas en los que hubiera podido inmiscuirse cualquier miembro del Ejército popular, mas nunca yo. Era como si Lena hubiese vuelto a un estado de protección con el que ya nunca podría contentarse y que siempre echaría de menos.

La familia la trataba como una hija cuyo desasosiego corroboraba en quienes se quejaron que el precio de la partida había sido demasiado alto. Si existía alguna dicha más allá de la frontera, era evidente que Lena no la había encontrado; a los ojos de su familia, la hija había vuelto con las manos vacías. La madre, por cuyos ojos se preocupaba Lena en los atormentados diálogos que mantenía conmigo, me observaba de soslayo tras los gruesos cristales de sus gafas y reprimía a duras penas la pregunta de si yo podía ofrecer a su hija fugitiva la seguridad que necesitaba. La hermana se había establecido en ese mundo que a Lena le resultaba demasiado estrecho y pequeñoburgués. Ejercía la profesión médica y educaba a dos hijos en una villa rodeada de árboles. Atenuaba sus dudas sobre la decisión de la menor de trasladarse al Oeste preguntándole: «Pero allí también se puede vivir, ¿verdad?». Todo en su casa irradiaba calor y estabilidad. Los muebles de madera de peral habían sobrevivido a tres generaciones y ocuparían aún las casas de los nietos; los candelabros, fotos enmarcadas, mantas bordadas, asientos acolchados y la panera esmaltada

habían sobrevivido a dos *Reich* alemanes. El Estado era impotente ante las estufas de azulejos.

Comparado con él, el Estado del Oeste, que pretendía pasar por una sociedad, me parecía infinitamente más violento y poderoso, invisible pero omnipresente. Se había infiltrado por las rendijas de las puertas en los conjuntos residenciales no menos que en las cabezas de sus moradores; nos observaba desde las estanterías de libros, se paraba junto a nuestras camas y presidía nuestros sueños con persecuciones policiales.

Por entonces creí adivinar algo sobre el origen del desasosiego de Lena. Su necesidad de echar raíces no tenía que ver solo con un hombre, sino con una sociedad, y tampoco podía ser satisfecha por un solo individuo. Era una necesidad que constituía grupos de alemanes orientales en Alemania occidental exactamente como agrupaba en Nueva York a los sicilianos emigrados. Una inaudible lengua extranjera unía, en la zona occidental, a Lena con sus dos amigas: tres hermanitas que hurgaban en tenduchos de ropavejero buscando chaquetas y camisas raídas; que llevaban zapatos siempre más bajos que las mujeres nativas y acentuaban menos las líneas de su cuerpo al vestirse; que hablaban en voz más alta y con mayor aplomo; que a menudo decían «Yo», se maquillaban menos y estallaban en una insolente carcajada cuando una de ellas recitaba de pronto, a voz en cuello, la primera estrofa de alguna canción de las FDJ<sup>[5]</sup>.

En la cola de taxis de la estación *Friedrichstraße*, los que esperan hablan sobre sus lugares de destino para encontrar compañeros de viaje. No consigo ubicar los nombres de las calles voceadas, y subo solo a un taxi con la sensación de estar representando un modelo de vida periclitado aquí hace tiempo, o bien futuro.

—Siempre lo mismo —responde el chófer cuando le pregunto qué están festejando—. La dama de las tres iniciales acaba de cumplir treinta. Muchas mujeres solo se espabilan realmente a los treinta, ¿verdad?

Se queda mirándome por el retrovisor, como si yo le debiera una carcajada.

En el remate de un edificio oficial han fijado un gran cartel; «Curso 30 - Deber y obligación», se puede leer en letras blancas sobre fondo rojo. Le pregunto qué tipo de curso era aquel.

—El que está entre los cursos 29 y 31.

El taxista se divierte poniéndome a prueba con sus respuestas.

—Ustedes celebraron la fiesta del trabajo el 25 de mayo.

—¿El 25 de mayo?

—Los tíos de Bonn organizaron una champañada. ¿No lee usted los periódicos?

—Sí, pero en general me salto la información sobre bailes y champañadas.

—Yo leo siempre las necrológicas.

—¿Tantos parientes tiene?

Se ríe.

—Solo me interesan las necrológicas que aparecen en primera página.

Vuelve a asegurarse de mi reacción mirando el retrovisor.

—¿Ha sido un chiste?, —le pregunto—. Vamos, cuénteme uno.

—No sé. Solo se me ocurren chistes sobre el Este.

—Me lo suponía —dice el taxista—. Ustedes tienen de todo, pero para reírse: nada. Ni festivos, ni chistes, pero, en cambio, buen café. ¿Conoce usted el del pedo en el metro?

—No lo conozco.

—¿Quisiera escucharlo?

—No.

Me asombran las gibosidades del asfalto, que hacen dar tumbos al coche antes de cada semáforo. Le pregunto si las han instalado adrede, para impedir que pasen demasiado rápido en los cruces.

—Se deben a la mala calidad del asfalto —replica el taxista—. En el verano se va acumulando bajo los neumáticos de los coches que frenan.

Más tarde observo que a todos los *Volkswagen-Golf* con los que nos cruzamos les han quitado las iniciales de la marca. Rechazo una suposición inicial: que, obedeciendo a una consigna, se las quitaran antes de entregarlos al comprador para excluir cualquier publicidad gratuita en favor del *trust* germanooccidental. Tal vez haya gente que coleccione aquí el emblema de los *Golf* como entre nosotros la estrella de los *Mercedes*.

No, no soy un observador imparcial. Supongo intenciones donde solo hay fallos materiales, consignas generales donde lo único que hace la gente

es satisfacer pasiones de coleccionista. Robert tiene razón; debo cuidarme mucho de la manía de observar cosas típicas.

El timbre de Pommerer permanece mudo. La puerta de entrada solo se abre cuando llamo con los nudillos. Pommerer aparece frotándose los ojos después de la siesta y me mira como al personaje absurdo de su sueño.

Sigo a Pommerer por su apartamento. Mientras miro afuera desde la ventana de un décimo piso, le oigo poner agua a calentar en la cocina. Un chiquillo de unos cuatro años, sentado frente al televisor, mira el *show* de los *Muppets*.

—¿De dónde vienes?, —pregunta el pequeño.

En ese preciso instante, el saxofonista de la banda de los *Muppet* entona un solo incomparable y hace olvidar su refunfuñeo a los dos viejos del palco.

—De *Wilmersdorf* —respondo.

—¿Es al otro lado?

Y el chiquillo señala la ventana.

—Sí.

Estoy a unos treinta metros de altura sobre la calle. El lado opuesto está construido solo a medias y deja visible un trozo de muro. Un sol vespertino cae sobre el lado Este, recubierto de metal, del rascacielos Springer, y sumerge la fachada en un espejante amarillo dorado. Desde esta altura, el muro que asoma por entre los rascacielos parece tan caduco como los fundamentos ruinosos de un edificio desaparecido hace ya mucho tiempo.

—¿Has cruzado la frontera?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—Hay una puerta en la estación o una barrera en la calle, y detrás un policía esperando.

—¿Y qué hace?

—Te mira el pasaporte y pregunta: ¿armas, municiones, impresos, hijos?

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Por qué no? Reflexiono un instante.

—Yo sé por qué —dice el chiquillo—. Para tener hijos hay que ser dos.

Más tarde, Pommerer me lleva a su estudio. Queda en la parte posterior de la casa; por la ventana, la mirada se hunde en la imponente zanja de unas obras. Al lado mismo de la ventana hay una grúa. Más atrás, en las profundidades de la zanja, se mecen los cuellos de las excavadoras. A mano derecha están levantando una torre de viviendas que, descontando un piso, ha alcanzado ya la altura del apartamento de Pommerer y cubre prácticamente las dos torres de una iglesia de ladrillo refractario. Por encima de los campanarios flota, a una altura fantástica, el globo de la torre de televisión, cuya punta desaparece en una nube.

Por la tarde deambulo con Pommerer por las calles apenas iluminadas. El centro de Berlín es justamente un barrio en el que todas las travesías son calles sin salida. Aún no son las diez, pero no nos cruzamos con nadie; los ruidos de motor son tan raros que despiertan desconfianza.

—Falta algo —le digo a Pommerer—, pero aún no sé qué.

—¿Sabes este?, —responde—. En plena *Leipziger Straße*, un borracho pregunta a un poli: «¿Podría usted decirme dónde estoy?». «En el centro de Berlín», contesta el poli, «en la *Leipziger Straße*». «Nada de detalles», balbucea el borracho, «solo el país, por favor».

Los escaparates están oscuros; los letreros luminosos, apagados. Solo muy arriba, algunas ventanas de las torres de viviendas irradian una luz violeta o rojiza bajo la cual invisibles plantas olvidan el clima nórdico. Miradas rápidamente, las ventanas parecen bolas luminosas que, en lo alto, se hubieran solidificado de pronto en bloques de luz, inmovilizándose en el cielo nocturno.

—Arquitectura antiimperialista —dice Pommerer—. Aquí, en torno a la *Wallstraße*, arrasaron con todo en los años cincuenta. En ese tiempo, vuestro rey de la prensa aún vivía a una altura solitaria y hacía circular sus noticias por el remate del tejado de su edificio. Hasta la *Alexanderplatz* podían verse las letras luminosas. Con las torres de viviendas, nuestros urbanistas han eliminado la vista hacia el Oeste, es cierto, pero también han desfigurado el barrio.

—Por ningún lado se ve la menor señal en la pared —le digo—. ¿Cómo es posible mantener libres tantas superficies vacías?

—Alguien escribió una vez con un rotulador la palabra Dubcek<sup>[6]</sup> en una columna de publicidad —replica Pommerer—. Llegó hasta la cuarta letra... y lo encerraron año y medio.

—Entre nosotros, ya bastan tres letras: RAF<sup>[7]</sup>.

El bar preferido de Pommerer ya ha cerrado. En el más cercano están poniendo las sillas encima de las mesas. Nos contentamos con un restaurante ubicado en un edificio nuevo que lleva el nombre de una capital del Este. La americana de mi traje pasa sin reparos ante el ojo del portero; la ropa de Pommerer recuerda una filosofía occidental pasada de moda hace tiempo: camisa caqui, chaqueta militar, tejanos de pana, cabellera hasta el hombro. Pero Pommerer conoce al camarero.

—¿Cómo va todo?, —pregunta Pommerer.

—No hay que pasarse —replica el camarero.

—Pues entonces dos medianas, dos pequeñas y una doble para ti —dice Pommerer, y continúa—: *Dam dadadam, dadadam*: ya me tienen hasta la coronilla. Estás en pleno centro de Berlín, con el muro a unos cuantos metros y *Kreuzberg* detrás; aquí se oye música noche tras noche: las noches de *Kreuzberg* son largas.

En la mesa de al lado, dos jóvenes discuten si Stevie Wonder hizo su primer disco a los catorce o a los diecisiete. En el mostrador, una mujer rubia espera a Dios sabe quién: para cuidar los pliegues de su falda blanca, la deja colgar suelta en torno al taburete, cuyas patas recuerdan las de una lámpara.

—¿Y dónde está tu coñac?, —pregunta Pommerer al camarero mientras este coloca los vasos en las redondelas de cartón.

—Más tarde —responde el camarero—, más tarde.

—No hay que pasarse —dice Pommerer.

—Así es —replica el camarero—. Como dice Karl Marx: el triunfo de la razón es el triunfo de los juiciosos. Y como pensaba Bert Brecht: *de omnibus dubitandum est*. ¿Sabría latín el tío? Ah, Pommerer, hace diez años que somos amigos.

—Siempre hace lo mismo —me explica Pommerer mientras el camarero recita su sentencia dos mesas más allá—. No bebe su trago, pero al final lo anota en la cuenta. ¿Cómo va tu trabajo? Mi historia cambia de

día en día. Lo único seguro es que el hombre cuya historia ando buscando es prisionero de un movimiento de avance y retroceso por encima del muro, como un portero de fútbol que, visto a cámara lenta, tomara siempre el mismo impulso para no darle nunca a la misma pelota. A medida que le cuento a Pommerer la historia de Schalter, esta se confunde irremisiblemente con la de Kabe, el saltador del muro.

Pommerer escucha atentamente, reflexiona un momento, pide la siguiente ronda de vodka y cerveza y pregunta luego, sin perder una palabra más sobre Kabe:

—¿Conoces la historia de los tres cinéfilos?

Es probable que en el ínterin hayan demolido la casa que servía de punto de reunión al grupo. Los vecinos temen que el callejón sin salida, tras haber perdido su buena reputación debido a esa última casa, sea declarado zona prohibida.

La línea zigzagueante de la frontera había dejado aquella casa en una situación muy expuesta. Como una tubería cuyo curso hubiera sido motivo de discusión hasta lo último, el muro avanzaba en ángulo agudo hacia la casa y solo a escasa distancia de ella se desviaba a la derecha. De ahí que una esquina del inmueble tocara casi la mole de cemento que, de la noche a la mañana, había transformado la primitiva fachada de la casa en su parte posterior.

\*

EN aquel tiempo, el inmueble era habitado por dos familias; dos de los tres futuros saltamuros aún estaban aprendiendo a correr. En la planta baja vivía la familia Wacholt; en el primer piso, la familia Walz. Ambas familias debían el aplazamiento de los trabajos de demolición al hecho de poseer sendos carnets del Partido y al hecho de que, en su momento, se contaran entre los primeros en celebrar la construcción del «muro de protección antifascista». Como además manifestaban una conciencia que se correspondía con su posición domiciliaria de avanzada, era de esperarse que explicarían a sus hijos la diferencia existente entre una frontera estatal y el muro de un patio interior. Por una casualidad, ambos hijos, de casi la misma edad, respondían al mismo nombre: solo cuando se llamaban uno al otro podían estar seguros de cuál de los dos Willys era el interpelado. Esta circunstancia pudo haber contribuido a que ambos niños, por lo demás nada excepcionales, se acostumbrasen pronto a escucharse más entre sí que a atender a sus padres. Además —este argumento lo esgrimiría más tarde el abogado en descargo de ambos Willys—, el riesgo corrido por los niños había aumentado previsiblemente cuando *Herr* Walz falleció y *Herr* Wacholt se instaló en el apartamento de su amante. Al menos a partir de aquel momento, el Partido no había tenido una representación suficiente en esa casa. Pero como los dos Willys se comportaban igual que todos los niños, jugando con cuerdas de saltar primero y luego con balones, como no se afligían si un avión de papel volaba demasiado lejos ni destacaban en las lecciones de política o en el salto de altura, sus madres no veían razón alguna para prohibir a sus hijos que saltasen el patio, el pasillo y la escalera.

Con todo, *Frau* Walz se reprochó más tarde no haber llevado a cabo un proyecto de su difunto esposo cuando los dos Willys llegaron a la edad de la porfía. *Herr* Walz se había propuesto cerrar con clavos el tragaluz del desván. Este tragaluz conducía al tejado de un saledizo en forma de mirador

que servía de depósito de herramientas y reducía aún más el ya reducido espacio existente entre la casa y la frontera nacional. Un salto desde el borde del tejado bastaba para dejar a una persona medianamente ágil a la altura del muro. Además, si su atención no hubiera sido perjudicada por un exceso de confianza, *Frau Walz* hubiera debido advertir que los soldados fronterizos de la atalaya vecina no siempre cumplían con los deberes prescritos. Al observar durante años a los guardias, dos jóvenes que poco a poco iban llegando a la edad en que solo se ven los defectos de los adultos, tuvieron que detectar lagunas en el sistema de vigilancia, aunque solo fuera la de que dos ojos humanos no pueden mirar simultáneamente en dos direcciones.

Y, en efecto, los dos Willys descubrieron que los hombres adquieran hábitos al estar de servicio. Al principio, lo único que les llamaba la atención era que el hombre de la torre estuviese a menudo solo y cambiase la orientación de su mirada según un ritmo determinado. Con un margen de apenas un segundo podían predecir cuándo les volvería la nuca. Luego empezaron a sospechar que el tipo tampoco los veía al mirar hacia ellos. Ciertos experimentos realizados sobre el tejado del saledizo, que iban desde hacer señas con la mano hasta agitar la bandera roja, demostraron que el tejado y el trozo de muro accesible desde él se encontraban en el ángulo muerto del campo visual del guardia fronterizo.

Acaso ambos Willys jamás hubieran hecho uso de sus descubrimientos si el mayor de los dos no se hubiera confiado a un amigo de Prenzlauer Berg. Lutz pasaba su tiempo libre en el cine y dio en seguida una orientación práctica a los descubrimientos de ambos Willys. Atornilló una sólida alcayata al remate del saledizo, anudó a ella una cuerda y tiró el otro extremo por encima del muro. Lutz fue además el primero en salvar el breve abismo que separaba el Este del Oeste y en asegurar, desde el otro lado del muro, el descenso del grupo de escaladores.

Llegados a suelo occidental, los tres muchachos preguntaron por la estación de metro más cercana y viajaron sin pagar hasta el Kurfürstendamm. Allí tuvieron que elegir entre el «Informe sobre las colegialas», tercera parte, y «*C'era una volta il west...*». Las explicaciones de Lutz los hizo decidirse por el wéstern italiano.

En la caja del cine tropezaron con el primer gran impedimento. Viendo que la cajera sopesaba desdenosamente en la mano el liviano dinero de la RDA, Lutz pidió hablar con el administrador. Que había recorrido expresamente el largo camino entre Prenzlauer Berg y Kurfürstendamm por encima del muro, explicó, para ver a Charles Bronson, y la cajera le venía ahora con la diferencia entre el marco oriental y el occidental. ¿Cómo iba a explicar semejante recibimiento a sus amigos de Kiez?

El administrador no quería creer a los tres muchachos la historia del camino recorrido desde su casa, al otro lado del muro, hasta el cine. Solo cuando le mostraron su documentación aceptó los carnés como entradas. La sesión de las 18 horas ya había empezado; Lutz conocía el argumento a grandes rasgos y puso a los dos Willys al corriente de lo que se habían perdido.

Después de la función; los tres preguntaron por el horario de la siguiente película... no era un western auténtico, ya lo sabía Lutz, pero sí digna de verse por una doble aparición de Brigitte Bardot y Jeanne Moreau. Luego emprendieron el regreso. Apenas cuatro horas tras ir al cine en el Oeste, los dos Willys se hallaban ya en sus camas y Lutz zumbaba en su motocicleta rumbo a Prenzlauer Berg.

En este punto interrumpo el relato, porque es muy difícil que el cruce de la frontera por los tres cinéfilos se haya producido exactamente tal como lo he relatado.

La frontera entre los dos Estados alemanes, sobre todo la que separa las dos mitades de Berlín, pasa por ser la mejor protegida y la más difícil de franquear del mundo entero. La línea fronteriza que circunda Berlín occidental tiene una longitud total de 165 km; 106 km de este anillo están hechos de placas murales con soporte tubular; 55,1 km, de rejilla metálica troquelada. A lo largo de esta línea se alzan 260 torres de observación, en las que el doble de policías fronterizos montan guardia día y noche. Estas torres de observación están unidas por una calle de columnas asfaltada, que discurre por el interior de la franja fronteriza. Una superficie de arena cuidadosamente rastrillada oculta, a derecha e izquierda de la calle de columnas, alambres tendidos a ras del suelo que disparan proyectiles

trazadores al menor contacto. Para el caso de que una persona no autorizada ingrese en la franja fronteriza, las tropas de protección tienen *jeeps* en estado de alerta y perros dispuestos a lanzarse sobre 267 pistas especiales. El acceso a la franja fronteriza está además protegido, desde la zona oriental, por un muro interior que corre paralelamente al exterior a una distancia cuyo ancho varía. Al pie del muro interior se han instalado, en numerosos sitios, planchas claveteadas cuyos clavos de acero, de 12 centímetros de largo, pueden clavar literalmente en el suelo a quien saltase de lo alto del muro. Largas secciones de este muro interior están constituidas, es cierto, por las fachadas de casas vecinas cuyas puertas y ventanas han sido cuidadosamente tapiadas. En la red de canalización subterránea, la frontera está asegurada por rejillas electrificadas que solo permiten libre circulación a la mierda de ambas zonas de la ciudad.

Estos hechos también dieron mucho que pensar a los peritos cuando el tribunal estudiaba el caso de los tres saltamuros. Aun admitiendo que la distancia entre el saledizo y el muro pudiera ser realmente franqueada de un salto, ¿cómo pretendían los acusados mantener el equilibrio sobre un muro del que hasta los gatos resbalaban? De ahí que el cruce de la frontera solo fuera imaginable con ayuda de una cuerda previamente fijada desde el lado occidental, lo cual suponía la colaboración de cómplices occidentales. Y finalmente, ¿cómo podían los tres jóvenes estar seguros de encontrar a su regreso el dispositivo de escalada? La cuchilla de algún transeúnte hubiera podido cortar irreversiblemente el cordón umbilical que los ataba a la vida socialista.

El defensor refutó esta última objeción del perito alegando que, como es sabido, también el muro exterior está situado en territorio de la RDA a fin de dejar espacio para trabajos de remozamiento y pintura. De ahí que una cuerda, aunque colgara hacia el Oeste, sería básicamente algo intangible para ciudadanos occidentales. Además, los acusados habían efectuado sus saltos en una época en que la «frontera moderna» —como se la llama para distinguirla de la antigua, de una sola vía— aún no estaba terminada en todas partes. El muro interior todavía presentaba brechas, y el exterior estaba construido en muchos sitios —no solo en el punto en cuestión— con ladrillos cocidos, y su extremo superior era plano en vez de redondo.

Todo esto, sin embargo, no conseguía debilitar la sospecha de que los acusados, en vez de aquella inverosímil vía aérea, hubieran encontrado un pasaje subterráneo hacia el Oeste que luego pudiese ser utilizado por una organización de seguidores. La forma en que Lutz y los dos Willys se aseguraron realmente el camino de ida y vuelta acabó perdiéndose entre los matorrales de la tradición oral. Dificultades técnicas que parecían insuperables fueron resueltas por la fantasía de quienes difundieron toda esta historia. Pues lo inaudito no era que Lutz y los dos Willys hubiesen encontrado una salida hacia el Oeste, sino el hecho de que utilizaran esta vía en ambas direcciones.

Con la misma naturalidad con que otros ciudadanos de la RDA viajan los domingos al lago Müggel, Lutz y los dos Willys iban los viernes al cine en el Kurfürstendamm. Además, iban siempre al mismo cine y a la misma hora. Aunque pronto fueron capaces de encontrar su camino incluso en la oscuridad, asistían en lo posible a la sesión de tarde para no encontrarse, por la noche, ante una sala con todas las entradas ya vendidas. A veces, cuando una película iba ya por su quinta u octava semana de proyección y no valía la pena verla de nuevo, hacían una pequeña pausa. De esta manera fueron adquiriendo, a lo largo de medio año, una visión de conjunto sobre la programación de la última sala de cinemascope en el Kurfürstendamm.

En total, los tres muchachos saltaron doce veces. El asunto solo salió a luz a raíz del informe de un periodista de Berlín occidental. El día en que querían ver a Marlon Brando en *Queimada* fueron observados por una patrulla de la zona occidental justo cuando cruzaban la frontera. Lutz no aceptó el trato de refugiado: se presentó a sí mismo y a los dos Willys como fans de los wésterns. Esto y el hecho de que ninguno de los tres quisiera quedarse en la zona occidental les pareció tan increíble a los dos policías, que en seguida telefonearon a la sección local de su diario preferido. Aquel mismo día, un periodista abordó a los tres chicos a la salida del cine y los hizo hablar ofreciéndoles salchichas al curry y whisky.

El artículo de este periodista puso a los Servicios de seguridad del Estado sobre la pista de los tres cinéfilos. Los dos Willys fueron detenidos en la misma escuela y puestos a disposición judicial por reiterada violación de la ley de pasaportes y cruce ilegal de frontera. El defensor basó su

demandía de absolución en la indudable fidelidad de los acusados al Estado: después de todo, habían tenido doce veces la posibilidad de abandonar la RDA y no lo habían hecho... una prueba de fidelidad de la que pocos ciudadanos de la RDA podían vanagloriarse. No se dio curso a la demanda. El mayor de los Willys fue sacado del colegio y alistado en el ejército, y al menor lo enviaron a un taller juvenil obrero.

A Lutz, en cambio, que entretanto había cumplido dieciocho años y se hallaba plenamente sujeto a la legislación penal, su cinefilia lo salvó de acabar en la cárcel. La tarde de esa última excursión cinematográfica en común volvió a Prenzlauer Berg a tiempo para no perderse, en su cine de barrio, la proyección vespertina de *High Noon*<sup>[8]</sup>. Tras un cuarto de hora de cola frente a la caja, el gerente del cine anunció que la proyección no tendría lugar porque la cinta estaba rota. En ese mismo momento sintió Lutz que también algo se había roto en su interior. «Uno que pica de soleta desde el Kurfürstendamm hasta Prenzlauer Berg para llegar puntual, y la cinta se rompe», le dijo bruscamente a su vecino de cola, «¡ya está bien!».

Lutz encendió el motor, rehízo a toda velocidad el camino hasta el muro y, presuroso, avanzó en la oscuridad hacia la zona occidental, para alcanzar siquiera la última proyección de *Stagecoach*<sup>[9]</sup>. Fue el último cruce de Lutz. En el Oeste se convirtió en lo que siempre había querido ser en el Este: guarda forestal. Pero como solo conocía el Oeste a través de wésterns americanos e italianos, estaba mal preparado para desempeñar su misión en los bosques occidentales. Hasta ahora no le entra en la cabeza que, aquí, un guardabosques tiene que comprarse él mismo su hacha y su sierra.

La luna menguante se instala tras la cúpula de la torre de la televisión y, por todo el resto de la noche, la transforma en un minarete turco.

—¡Escucha!, —dice Pommerer y se detiene.

Un bramido se aproxima por debajo de nosotros, aumenta hasta convertirse en un traqueteo metálico, como si un ascensor se precipitara por su caja, y acaba perdiéndose a lo lejos.

—La línea 6, que pasa exactamente por debajo de mi anterior apartamento. ¿Conoces las estaciones precintadas de allá abajo? Yo jamás quise pasar al Oeste. Pero a veces, cuando las cucharillas empezaban a

tintinear en la cocina, me ponía a pensar: siquiera una vez me gustaría viajar en ese tren y pasar por debajo de mí mismo.

Aún no es medianoche cuando llegamos a casa de Pommerer, pero al abrir la puerta de su escritorio, los vapores del vodka me dan la impresión de haber abierto otra casa. Rayos azulinos atraviesan la habitación; la mesa, la silla, la cama y los libros danzan entre un torbellino de chispas. De la noche a la mañana, el ala lateral del edificio que están construyendo frente a su ventana ha crecido un piso. Dos obreros, arrodillados en el suelo de cemento, sueldan las piezas de hierro.

—Hacia el Oeste se mira, en el Este se construye —dice Pommerer dándome las buenas noches.

A la mañana siguiente voy al supermercado de enfrente y pregunto por la sección de artículos de escritorio. Compro un cuaderno de 84 céntimos y me siento con él al escritorio de Pommerer. El edificio, que crece incesantemente, tapa ahora la vista sobre la torre de televisión. Muy cerca de la ventana oscila la grúa; a ratos, el chirrido del torno de cable y de la grúa en el disco giratorio es dominado por las semifrases intercambiadas al vuelo entre el conductor de la grúa y los obreros de la zanja. Veo al conductor girarse a medias en su asiento hasta quedar de cara a mí. Ambos estamos ahora a la misma altura y encendemos un cigarrillo casi simultáneamente.

No estoy seguro de que me vea claramente a través del cristal; luego, como para imitarme, se apoya sobre el codo y presiona la barbilla con el puño. Los dos permanecemos un momento en esta posición y nos miramos, iguales durante unos segundos frente a actividades tan desiguales.

El cuaderno tiene una tapa verde, como de papel secante. Dejo en blanco las líneas reservadas al nombre y al título, y anoto la fecha en la primera página. La historia que dejé al otro lado de la ciudad tendrá que empezar aquí de nuevo.

Me imagino un día en el que coincidan dos acontecimientos: la niebla invade los patios interiores de *Kreuzberg*, y en el Kurfürstendamm cambia el programa de cine. Aquel día, hacia las cinco de la tarde, *Herr Kabe* sale de su apartamento de *Kreuzberg* y Lutz sube de un salto a su moto en

Prenzlauer Berg. Ambos, Kabe a pie y Lutz a una velocidad punible, se dirigen hacia el muro desde direcciones opuestas. Aproximadamente a la hora en que Kabe llega al lugar indicado del muro, Lutz hace encabritar su moto ante la casa de los amigos y, gritando un solo nombre, atrae dos cabezas a la ventana. Mientras toma impulso, Kabe observa que una autoridad del Senado ha mandado reducir la pista de lanzamiento después de su decimocuarto salto: han quitado la escombrera. Buscando otra vía, Kabe bordea el muro y descubre la cuerda «fronteriza» en el preciso instante en que, al otro lado, sus colegas se escurren por el tragaluz. Kabe se eleva aferrándose a la cuerda y se dispone a efectuar su decimoquinto salto, mientras Lutz y los dos Willys toman impulso para dar el duodécimo. La niebla impide a tal punto la visibilidad, que Kabe consigue evitar solo en el último instante a Lutz, quien salta a ciegas. Ambos colegas se abrazan involuntariamente para no caerse juntos a un lado del muro, lado que sería el falso para Kabe o para Lutz; poco después, los dos Willys aterrizan junto a sus predecesores en el salto.

Me imagino luego a los cuatro, después de presentarse como profesionales, dándose tiempo para un breve intercambio de opiniones en el ángulo muerto de la atalaya. ¿Cómo explicarían esta doble circulación el colectivo de saltadores del Este y el solitario saltamuros Kabe?

Lutz y los dos Willys se limitarían probablemente a citar el título de algún wéstern americano; Kabe hablaría entusiasmado de la comida y el excelente tratamiento recibido en la clínica «*Buch*». Pero al poco tiempo se agotaría el diálogo sobre los motivos de sus respectivos saltos. Pues un diálogo así apenas podría ser más interesante que una conversación entre dos grupos de escaladores que, inesperadamente, se encontraran en el K2 y alegaran la belleza del panorama como pretexto para efectuar su peligrosa ascensión. En caso de que hablasen, Kabe y sus colegas acabarían conversando sobre las dificultades técnicas de su deporte común: condiciones atmosféricas, rutas de ascenso, equipos de escalada, refugios intermedios. Tal vez los cuatro evocasen incluso a ciertos pioneros que, mucho antes que ellos y por rutas a menudo más difíciles, hubieran franqueado el muro. De todas formas, a principios de los años sesenta un artista de circo ya había utilizado un cable de alta tensión como maroma

para avanzar hacia el Oeste. Y ¿acaso un subcampeón en salto de pértiga no había utilizado el muro como listón, superándolo con abundante margen? Casi inagotable en cuanto a número y variedad de ideas sería una lista de los predecesores, y costaría mucho decidir a quién le correspondería un sitio en la nómina de los campeones eternos. Pues la prohibición en la RDA de ciertos deportes idóneos para transgredir fronteras, tales como el vuelo en globo o la pesca submarina, había liberado una fantasía monstruosa y dado origen a una generación de inventores: en cuanto desaparecieron de las tiendas las gafas, los tubos y las botellas de oxígeno para practicar el submarinismo, aficionados de todas las ramas empezaron a fabricar estas piezas con neumáticos de bicicleta, bombonas de gas y delantales de caucho. ¿Qué puesto otorgarle a ese mecánico de automóviles que inventó un motorcito por el que se hizo remolcar bajo el agua a través del mar Báltico? ¿Y cómo valorar el trabajo de aquel ingeniero que redescubrió el principio del globo a vapor caliente después de haber buscado en vano, en las librerías especializadas, manuales de aerodinámica?

Lo único seguro —y en este punto el diálogo sobre el muro podría tomar un giro filosófico— era que, hasta entonces, cada perfeccionamiento del sistema fronterizo había incitado a la imaginación a descubrir en él nuevas lagunas. La necesidad de franquear el muro tal vez no se distinguiera, en principio, del intenso deseo de escalar el K2: su motivación era simple y llanamente la existencia del muro, y tal necesidad seguiría existiendo mientras este persistiera.

Estoy de pie junto a la ventana, con los prismáticos de Pommerer. Frente al muro, un guarda fronterizo rastrilla la arena; a su derecha, sentado en la torre de observación, uno de sus colegas lo observa trabajar.

—Claro que puedes pasar por encima del muro, incluso aquí, en el centro de Berlín —dice Pommerer—. Como ves, las instalaciones no están minadas en la zona urbana. Cada tarde rastrillan la arena para poder seguir, a la mañana siguiente, las huellas que algún ser «no-autorizado» —humano o animal— dejó durante la noche. Por lo demás, allí solo hay alambres tendidos a ras del suelo, y en la torre de observación tampoco hay gente todo el tiempo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—He inspeccionado cada centímetro con mis prismáticos.

—Pero me dijiste que no querías...

—Ni lo quiero. Pero cuando tienes algo así ante las narices, te sientes impulsado a buscarle el fallo.

—¿Y se lo has encontrado?

—Creo que sí.

Es domingo; las calles están vacías; el paisaje se extiende, llano, bajo un cielo inmóvil. Tan uniforme es el gris de la capa de nubes que podría tomársele por el color del cielo. Al volver la cara en el coche de Pommerer, veo la ciudad como un glaciar cuya gélida irradiación llega muy lejos, hasta la llanura. El paisaje parece anestesiado; cada hoja, cada ramita de los árboles que bordean la ruta aparecen cubiertas por una capa de polvo blanco. Las puntas de las estacas que forman el cerco y los cables de los tendidos eléctricos dan la impresión de estar ribeteados por una escarcha que jamás se fundiese: un paisaje cuyos poros estuvieran todos taponados.

—Una cantera cercana —explica Pommerer— lo cubre todo de polvo en diez kilómetros a la redonda.

Más tarde atravesamos por un verdor estival. Constantemente se ven destellos de agua detrás de los arbustos, un agua en la que no se reflejan casas ni veleros, sino solo copas de árboles. A medida que nos deslizamos entre arbustos y lagos me va invadiendo una sensación de asombro similar a la que me invadió una vez durante un viaje entre Nueva York y Filadelfia: al otro lado del Atlántico, pensé en aquel momento, no deberían existir los mismos pinos y arces, ni el césped debería tener igual color, ni las orillas de los lagos la misma vegetación que a este lado.

La mayoría de las casas en las aldeas y pueblos que atravesamos son de una planta o, a lo sumo, de dos pisos; los edificios más altos siguen siendo las iglesias. Las pancartas colgadas o apostadas por todas partes adquieren aquí un carácter de conjura: LUCHAR JUNTOS PARA VENCER JUNTOS, leo en el escaparate de una zapatería; SEGURIDAD SOCIAL, REALIZACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS, en un Ayuntamiento; FELICIDAD CIUDADANA, ORGULLO DEL ÉXITO, REPÚBLICA FUERTE, en un restaurante; NUESTRA CONTRIBUCIÓN: 30

ANIVERSARIO, en una pescadería, entre una anguila del Báltico y una lata de caballas. Muchas de las esperanzas anunciadas se leen como amenazas: UNIÓN SOVIÉTICA, AMIGOS PARA SIEMPRE; una involuntaria melancolía envuelve la frase: SIEMPRE SERÁ OCTUBRE. ¡Cuánta gente habrá debido impugnar lo que afirman estas consignas para que fuera necesario repetirlas tan angustiosamente!

Hace algunos años, durante un aterrizaje, me llamó la atención que en el anuncio habitual difundido por el altavoz —«Acabamos de aterrizar sin novedad en *Berlin-Tempelhof*»— faltasen dos palabras. Según parece, de un día a otro habían suprimido, sin sustituirlas, las palabras «sin novedad». Por entonces me pregunté qué tipo de reflexión habría provocado semejante escamoteo. El departamento de publicidad de la empresa había probablemente estimado que las palabritas «sin novedad» provocaban un efecto secundario poco grato: afirmar que se ha aterrizado sin novedad evocaría, con excesiva facilidad, la idea de un aterrizaje difícil evitado a duras penas. Era, pues, más inteligente renunciar al autoelogio.

Mientras atravesamos el paisaje cubierto de polvo, una frase de Pommerer se impone y resuena en mi cabeza como una palabra clave, una norma de supervivencia o el título de un capítulo: «Tienes que ver todo esto cuando brille el sol».

Un camino de grava nos conduce hasta un grupo de cabañas abandonadas en las que se han instalado algunos amigos de Pommerer. Corzos en las lindes del bosque, un nido de cigüeñas, perros ladradores, campos que se extienden hasta el infinito, separados entre sí por fronteras naturales: arroyos, estanques, grupos de árboles. Tan solo la gigantesca antena de televisión en el techo de una de las casas más grandes recuerda otro sistema de referencias, una vida invisible, muy lejana, en el espacio exterior, que se puede seguir desde esta estación en la tierra.

Estamos sentados ante cafés y tartas de fabricación casera; sobre la mesa de la cocina se ve una bebida de alta graduación alcohólica comprada en el *Intershop*; humo de cigarrillos occidentales flota en el aire. Poco a poco, la cocina se va llenando de vecinos que, con acentuada discreción, toman nota del huésped occidental como si no quisieran confesar su curiosidad. Las conversaciones giran en torno a la vida cotidiana del artista

en el campo: la ampliación del desván, la reparación del silenciador del tubo de escape, la prórroga de un contrato de arrendamiento. Surgen debates sobre arte y literatura; la política solo es admitida en forma de apreciaciones ligeras y con el acompañamiento musical de Jimmy Hendrix.

—¿Puedes captar siquiera radio Erevan con tu antena gigante?

—Pekín, si hace buen tiempo.

—Eh, ¿no podríais vosotros en el Oeste construir por fin una torre de televisión que emitiera para toda la RDA? De lo contrario, ese no tardará en levantar aquí una torre similar a la de Berlín.

—¿Para qué? Las vacas más felices viven allí donde no se oye nada del Oeste.

—Pero los del «*Stasi*» no tendrían trabajo si todos fueran felices.

—Pues entonces lo mejor es: ¡televisión occidental para todos!

—¡Atención, atención! El escritor X exige, a las 15:02, la construcción de una torre de televisión que emita para toda la RDA.

—Eso lo dijo Jimmy Hendrix. Yo me limito a hacer la música.

—¡Crees que no saben distinguir entre Pop y Agitprop! Pues bien: Jimmy Hendrix, acompañado a la guitarra eléctrica por el escritor X, exige a las 15:02 que se eleven todas las torres de radio y televisión occidentales.

—Dilo otra vez, para que te oigan.

—Ya lo han oído. Tú conoces el hormigón ruso: un tercio de cemento, un tercio de arena, y un tercio de micrófonos.

—Ah, ahora sé también por qué me duele esta muela. Al empastármela han sacado demasiados micrófonos.

La distinción entre amigo y enemigo parece aquí más fácil que en occidente. El mito del oído omnipresente del Estado, aun cuando aludan a él con ironía, mantiene al grupo cohesionado y le confiere el encanto de una conjura que, en realidad, solo tiene por objetivo el arte. El no-publicado, el caso difícil que se ve envuelto en un litigio siempre calculable con el Partido o con la editorial, pertenece al grupo; el autor de éxito, distinguido con algún premio oficial, es mirado en cambio con desconfianza.

Al cabo de un rato, la conversación se centra solo en dos temas: los viajes a occidente autorizados o denegados, y las publicaciones autorizadas o denegadas. Uno de ellos está justamente redactando su nueva novela con

el lector de la editorial. Este ha prometido publicársela, pero tropieza con una serie de palabras que aparecen demasiado a menudo en el texto. La palabra «policía», por ejemplo, no es que deba suprimirse del todo, pero tampoco tiene por qué aparecer seis veces: con dos bastaría. En «orden de disparar», la segunda palabra molesta al lector, así como la palabra «adaptación» en su totalidad. Otro autor acaba de regresar de los Estados Unidos y muestra la fotocopia de un recorte de periódico. Bajo el título «Rectificación», el diario norteamericano señala una errata: el escritor en cuestión no se refirió en su entrevista, como por error se había publicado, a la revolución de octubre como un «*monstrous event*». La versión correcta era «*monumental event*». El escritor llevaba el recorte junto con su documentación: un bono de garantía para su próximo viaje a occidente.

Otro escritor ha introducido en una novela una especie de reportaje sobre la producción en serie en un complejo industrial textil. Este pasaje recordó al lector de la editorial otro reportaje de Günter Wallraf sobre el trabajo a destajo en las empresas occidentales. «Pero esto no lo he copiado, son experiencias que yo mismo he vivido», afirmó el autor en defensa propia. El lector quiso releer el pasaje en su contexto. Al cabo de un tiempo, el autor recibió de vuelta el manuscrito. «Experiencias falsas» se leía en el margen, escrito de puño y letra por el lector.

Una fotógrafa es llamada a presentarse en la dirección de su periódico. En las paredes de la oficina cuelgan las fotos de sus últimos reportajes, numeradas y alineadas; la fotógrafa sabe que tendrá que justificarse.

El director señala una serie de fotos sobre el trabajo en una mina.

—Usted capta con excesiva frecuencia el aspecto gris y triste del trabajo cotidiano en el mundo socialista. Casi como si el sol nunca brillara entre nosotros.

—Pero si yo misma estuve abajo —replica la fotógrafa—, y me limité a fotografiar lo que veía. Y según pude sentir...

—No importa lo que usted pueda sentir —la interrumpe el director—, sino lo que hagamos sentir a la gente.

Ante semejantes historias cotidianas, el huésped occidental se calla, consternado. No puede ofrecer nada parecido. Demostrar sorpresa, o incluso indignación, se considera despilfarro sentimental, un sentimiento

lujoso del visitante. Y solo daría prueba de ignorar la situación si gritara lo que viene pensando hace un momento: ¡cómo podéis aguantar todo esto aunque solo sea un día más! Largaos, podéis hacerlo. O largarse o quedarse, no hay término medio. ¡En cualquier caso, no sigáis con ese tonillo burlón, con esos viajes autorizados a unas cuantas docenas de protestatarios subvencionados por el Estado!

Más tarde, mis colegas se quedaron tan sorprendidos como yo al escuchar, de boca de un científico que se había unido al grupo, por qué no podría volver a salir del país después de su último viaje a occidente: había transgredido casi todos los mandamientos de la normativa de viajes.

—Normativa de viajes... ¿y eso qué es?

No se aplica a los escritores, y estipula: ninguna toma de contacto con parientes o conocidos en occidente; ningún alejamiento no autorizado del lugar de residencia, nada de entrevistas ni declaraciones de ningún tipo.

—¿Y por no haber respetado todo eso no te dejarán salir más?, —preguntaron los escritores al científico—. ¡Es increíble!

¡Respeto por la sabiduría del *Stasi*! Al tratar distintamente a cada grupo, lo compromete a atenerse a sus privilegios específicos. El caso normal cae así fuera del campo de visión. El grupo desarrolla una estrategia del riesgo limitado y razonable. Quien no se atenga a ella, deberá atribuirse a sí mismo las consecuencias. Casi tan sospechosa como los galardonados con premios nacionales es, por eso, la gente que se arriesga a ir demasiado lejos y se hace acreedora a una pena de cárcel o a la pérdida de la nacionalidad.

Este mecanismo me llamó la atención por vez primera cuando Wolf Biermann fue despojado de su nacionalidad. De nadie escuché palabras tan duras sobre Biermann como de quienes protestaban contra aquel despojamiento. No le perdonaron que violara el consenso de grupo sobre el riesgo limitado. El reproche de que con su presentación pública en Colonia había provocado al Estado a golpear conscientemente, hallaba su justificación dentro de la lógica del consenso de grupo: Biermann había desafiado al Estado en vez de engañarlo con astucias, y no tenía por qué sorprenderse de las consecuencias. Sin embargo, en este reproche vibraba también el odio contra el individuo que no se atiene a las normas de supervivencia del grupo: con su actitud desafiante recuerda a los otros que

han estado soportando la opresión demasiado tiempo y con excesiva astucia.

Por la tarde empiezo a sentirme cada vez más inquieto y compungido por todo aquel verdor miserable, por las cigüeñas y los corzos, por los relojes de pared y su tictac, por aquel eterno devorar y beber y esas conversaciones que giran siempre en torno a rencillas con editoriales o con la burocracia del Partido, por la atroz paciencia demostrada en esa guerra de guerrillas. Cada historia es repetida tres veces porque siempre aparece un habitante nuevo. Harto y confundido, permanezco sentado en un rincón, luchando con mi aburrimiento y mi mala conciencia.

Tienes que ver todo esto cuando brille el sol.

De vuelta en Berlín, Pommerer recibe a otro visitante occidental. Inmediatamente después de dar los buenos días, su amiga pone sobre la mesa un paquete de *Gauloises* y una bolsita de plástico con el cambio mínimo obligatorio. He visto en Berlín occidental a esa mujer de cara redonda y ojos ligeramente saltones. Encabeza, y no solo por razones alfábéticas, las listas de repartidores de todos los comités cuyo nombre empiece con la palabra «solidaridad». Cuando algún derecho humano es conculado en cualquier lugar del mundo, es como si a esta mujer le salieran hematomas en su propio cuerpo. Por la velocidad con que habla parece que acabara de escabullirse de un centenar de policías que la persiguiesen; su rostro está marcado por el dolor ajeno.

En el apartamento de Pommerer nota en ella una tranquilidad que nunca le había visto en Berlín occidental. Se diría que en el Este consigue recuperarse de las fatigas causadas por su lucha en el Oeste: aquí encuentra por fin oyentes comprensivos, aquí puede tomar aliento. Pero este delicado equilibrio solo funciona en la medida en que su sensación de llegar del peor de todos los mundos imaginables no se vea empañada por historias trágicas acaecidas en el Este. La idea de que, pese a todo, podría aún gozar en occidente de ciertas libertades —aunque solo fuera la de movimiento— gravitaría intolerablemente sobre su conciencia. Como su identidad le viene de su *status* de perseguida, no puede ser deudora de ningún privilegio.

De ahí que intente superar cualquier alusión a ciertas limitaciones vitales en el Este presentando informes aterradores sobre el Oeste. Al caso

de un escritor de la RDA detenido por firmar una petición al gobierno, ella opone en seguida una historia de prohibición del ejercicio profesional. Si la conversación recae sobre dificultades de abastecimiento en el Este, ella enumera cifras sobre los parados del otro lado, que ven las naranjas en los escaparates y no pueden comprarlas. Puede que en occidente haya más espacio habitable, pero su precio es prohibitivo. Entre la solicitud y la entrega de un pequeño coche pueden transcurrir en el Este hasta doce años, de acuerdo, pero esos coches que tan fácilmente pueden adquirirse en occidente congestionan, en cambio, las ciudades y los sentidos de sus habitantes. Es cierto que en occidente uno puede expresar públicamente sus críticas, pero estas no surten, claro está, ningún efecto. Y, por último, la opresión que padecen los escritores contestatarios en el Este demuestra que al menos los toman en serio.

Conozco por experiencia propia este mecanismo dialogal e intento evitarlo: el visitante occidental con ideas progresistas trata de consolar a su amigo o conocido de la zona oriental sobre su situación (que el visitante occidental imagina gustoso, pero en la que no le gustaría verse inmerso), demostrándole que todo es mucho peor en el Oeste. A diferencia de los medios de comunicación occidentales, considera que su tarea es destruir cualquier ilusión sobre occidente y, sin embargo, sigue sometido a ellos en un punto decisivo: la compulsión a comparar distorsiona la mirada tanto sobre la propia sociedad como sobre la ajena. Cualquier observación pierde vigencia ya antes de ser formulada debido a la búsqueda inmediata de una correspondencia al otro lado del muro. La pregunta acerca de si una frase también podría ser dicha por gente con la que en ningún caso quisiéramos ser confundidos, se sitúa antes de la otra, que indaga sobre su veracidad. La comparación compensatoria sustituye la percepción y reduce la operación de escuchar a una señal de rechazo hecha con la cabeza poco antes de la réplica.

Un amigo de Pommerer se burló una vez de este ritual dialogístico en los siguientes términos: «No deja de ser extraño que tanta gente que viene a visitarnos solo hable todo el tiempo de los inconvenientes del Oeste. ¡Con las ganas que tendríamos de ir a ver personalmente esos inconvenientes!».

Mucho más perplejo observo ahora que Pommerer sigue la confesión de su visita occidental con cierta satisfacción. Su conocida del Oeste viene a satisfacer, por lo visto, una necesidad que yo dejo insatisfecha, o que a lo mejor todavía no he advertido. Hasta ahora he intentado asumir la postura de un extranjero que no se fía de nada que él mismo no perciba. Al principio, Pommerer sentía curiosidad por las reacciones que esta mirada foránea pudiera provocar en su propio entorno vital. Pero su curiosidad ha ido dejando cada vez más espacio a la necesidad de proteger su vida cotidiana contra la impertinencia, y también la estupidez, de esa primera mirada. Inevitablemente, mi terror ante ciertas limitaciones de orden vital a las que él se ha acostumbrado hace ya tiempo, le recuerda sus primeros sentimientos, que él mismo ha condenado como inservibles. Cada vez más a menudo contrarresta en mí este tipo de emociones aludiendo a fenómenos paralelos en el Oeste.

Hace unos días, por ejemplo, encontró en su buzón un impresos redactado por una Comisión para el mantenimiento del orden y la seguridad. El formulario contenía el número de la vivienda y el nombre del inquilino, y exhortaba a denunciar las infracciones «contra el orden, la limpieza y el registro obligatorio que observe usted en su comunidad de vecinos. Las declaraciones correspondientes habrán de dirigirse a la HGL». (Dirección de la comunidad de vecinos).

—¿Y qué hay de vuestros policías encargados de controlar las viviendas de cada barrio?, —pregunta Pommerer amortiguando mi reacción ante esta incitación al espionaje—. A un amigo mío, en *Charlottenburg*, le llegó hace poco un aviso de desahucio. Por encargo del propietario, el poli había descubierto que mi amigo alojaba en su casa a una mujer que no tenía contrato de subarriendo. ¿Se te ha ocurrido alguna vez comparar a este simpático tío del radio-teléfono con un guardián de manzana nazi?

Un jefe de sección no es lo mismo que un policía encargado de controlar viviendas, que no es lo mismo que un guardián de manzana nazi. Por más que la rechacemos, Pommerer y yo hemos contraído hace ya tiempo la enfermedad de la comparación.

Por la noche, el telediario: la televisión de la RDA empieza con un documental sobre la ofensiva de un movimiento de liberación en un país

centroamericano. El personal de 40 fábricas había seguido la convocatoria a una huelga general; 800 soldados de un cuartel se habían pasado al bando rebelde; pese a todos los mentíos del gobierno de los Estados Unidos, al menos cuatro bases militares norteamericanas formaban y apoyaban a las unidades antiguerrilla. El comentarista cita como fuente de información la radioemisora del movimiento: *Liberación*.

Media hora más tarde, el comentarista de la televisión occidental lee un breve boletín informativo sobre la misma ofensiva. La convocatoria de huelga apenas ha sido secundada en la capital; en todas las grandes fábricas el trabajo se reanuda al ritmo acostumbrado; solo unas cuantas tiendas han cerrado en las zonas suburbanas; las tropas del gobierno se han anotado varios triunfos contra los guerrilleros. El comentarista de esta noticia se basa en una declaración de la Junta de gobierno.

Es probable que ambas informaciones sean exactas. La convocatoria a la huelga lanzada por el movimiento de liberación ha sido ampliamente secundada en el campo; en la capital, el terror impuesto por los escuadrones de la muerte y las tropas gubernamentales ha hecho fracasar la huelga. Doble percepción de la lucha en un país remotísimo: las dos cadenas alemanas transmiten solo aquella parte de los hechos que los programadores están dispuestos a reconocer.

—En principio, casi nada ha cambiado entre vosotros —opina Pommerer—. Las viejas fuerzas, camufladas bajo el disfraz democrático, se alían con los reaccionarios del mundo entero. Aquí, las relaciones de clase han sido subvertidas al menos una vez. Los actuales gobernantes de la RDA, así como también los representantes de la oposición intelectual, son casi todos de origen modesto. Son, efectivamente, hijos de la clase obrera. ¿Qué ha ocurrido en vuestro país? ¿Podéis ofrecer algo comparable?

—Pero todos tus argumentos (la subversión de las relaciones de clase, la construcción de un Estado antifascista, el apoyo a las fuerzas progresistas del tercer mundo) se refieren al pasado o a las condiciones externas, del otro lado del muro —le contesto—. Tu frase sobre la Alemania mejor solo se remite al pasado, no al aquí y ahora.

—Han tenido que pasar siglos —replica Pommerer— para que la democracia capitalista se desarrolle. ¿Por qué hemos de esperar que la

socialista madure en unos cuantos decenios?

Ya está aquí otra vez ese lenguaje en conserva, esa gramática oficial, esa lección debidamente aprendida. No, no soy un extranjero cualquiera que solo ha traído sus cinco sentidos en el equipaje. El país extranjero del cual vengo se llama la República Federal de Alemania, y mis facultades perceptivas, como las de Pommerer, se hallan predeterminadas por un semipaís que hace treinta años viene recabando su identidad de la línea demarcatoria que lo separa de su otra mitad. ¿Qué ocurriría realmente si los dos gobiernos alemanes se tomaran un año de vacaciones, si los locutores y comentaristas de la radio y la televisión guardaran un año de silencio, si los guardias fronterizos se fueran a descansar un año a las costas del Adriático o del Mar Negro, y los gobernados iniciaran las negociaciones entre el Este y el Oeste? Descubrirían, tras un breve abrazo, que se parecen a sus gobiernos mucho más de lo que tal vez esperaban. Constatarían que habían asimilado hacía tiempo el azar biográfico de haber crecido en zonas de ocupación diferentes, de las que luego surgieron dos sistemas sociales opuestos. Y cuando se preguntaran en cuál de esas mitades sería preferible vivir, el combate que ambos Estados libran diariamente a través de los medios de comunicación se prolongaría en las salas de estar de sus casas. Quien hasta entonces hubiera sido oyente, tendría que ir reconociendo *a posteriori*, en los comentaristas bidimensionales de la televisión, su propia sombra notablemente vulgarizada.

*Free-Jazz* en la «Casa de los jóvenes talentos»: así se llama ahora un castillo que en otro tiempo sirvió de residencia urbana a los miembros de la familia real prusiana. En torno a un escenario cuadrado, con vasos de refrescos de naranja o vino tinto en las manos, unos doscientos jóvenes se hallan sentados en una postura extrañamente rígida y prestan oído al infierno sonoro desencadenado por seis instrumentistas en el centro de la sala. Ninguna emoción, ningún gesto de aprobación o de extrañeza se refleja en sus rostros, tan solo una concentración perpleja e ininterrumpida. Los músicos guían sus instrumentos a través de un laberinto sonoro planeado con exactitud, hasta alcanzar un límite expresivo en el que los martillos del piano, las cuerdas del cello, las llaves del saxofón y los palillos

del tambor parecen extinguirse como en el relámpago de una explosión. La destrucción de todos los sistemas sonoros, ritmos y secuencias armónicas establecidos actúa en ese espacio cerrado como una promesa, una rebelión que el lenguaje, y menos aún la censura, es incapaz de localizar. Cuando se apaga el último redoble de tambor, un breve y violento aplauso recorre la sala; los músicos agradecen con una breve reverencia, casi militar, y enfundan sus instrumentos.

A continuación, Pommerer me acompaña a través de las oscuras calles nocturnas hasta la estación de la *Friedrichstraße*: un trayecto breve. De pronto se detiene ante la valla de protección de unas obras y, con gesto triunfante, me señala una mancha negra.

—¡Cinco letras, en efecto!, —susurra—. ¡Eran cinco letras!

Clavo la mirada en el cuadrado negro que poco a poco va perfilándose a la luz de una lámpara. Bajo la capa de pintura al agua que alguien había aplicado con una brocha distingo una capa inferior más pálida; en los márgenes superior e inferior del cuadrado se advierten restos de letras.

—¿Y qué decía allí?, —pregunté.

—¡Cinco letras!, —repite Pommerer—. ¿No te dice esto nada?

Yo voy diciendo nombres y contando las letras: Lenin, Bahro, Brecht, Brasch, la gama es amplia.

Más tarde hago mi cola con Pommerer frente a una entrada donde un letrero dice: «Ciudadanos de la República Federal de Alemania - Berlín Oeste». Faltan dos minutos para la medianoche. Cuando el segundero salta sobre el doce, una cordialidad meridional se apodera por un instante de los alemanes: abrazos, lágrimas, besos. Los que se quedan esperan hasta que los que se van les vuelvan definitivamente la espalda.

—Hasta pasado mañana —exclama Pommerer, desapareciendo tras decenas de brazos que hacen señas.

—Buenas noches —digo al guardia fronterizo que, sin decir palabra, me mira la oreja.

—Buenos días —rectifica él echando una mirada al reloj regulador. En efecto, son las doce y dos minutos de la mañana.